

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«Sin mí nada podéis hacer»

La actividad económica no es ajena a la moral

La crisis económica.
¿Y después, qué?

La doctrina social católica

Hacia una
Civilización
del Amor

LA CARIDAD EN LA VERDAD



D. Ghirlandaio: *La Visitación*

«Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo» (Rm 12,9-10). Que la Virgen María, proclamada por Pablo VI *Mater Ecclesiae* y honrada por el pueblo cristiano como *Speculum iustitiae* y *Regina pacis*, nos proteja y nos obtenga por su intercesión celestial la fuerza, la esperanza y la alegría necesaria para continuar generosamente la tarea en favor del «desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres».

BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*

Sumario

La única solución a los problemas del mundo actual y futuro: «Sin mí nada podéis hacer» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	3
«Caritas in veritate». Conclusión	7
La actividad económica no es ajena a la moral <i>Jorge Soley Climent</i>	8
La crisis económica. ¿Y después, qué? <i>Pedro Ochoa</i>	10
La verdad importa <i>Samuel Gregg</i>	11
El valor de la austeridad <i>Lluís Martínez Sistach</i>	13
La crisis económica y social: una primera aproximación a la encíclica «Caritas in veritate» <i>Josep Miró i Ardèvol</i>	14
La doctrina social católica <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	17
Hacia una Civilización del Amor	23
El Corazón de Cristo y el Corazón maternal de María unido al de Jesús, en los escritos de santa Gertrudis de Helfta <i>Guillermo Pons Pons</i>	27
Homilía en el funeral de Albert Prevoiti Vives	31
La colina de las cruces <i>Nicolás Echave, sdb</i>	32
El realismo en el relato evangélico <i>Ramón Gelpí</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	39
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	41
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	42
Hace 60 años	44

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL 29 de junio, festividad de san Pedro y san Pablo, el papa Benedicto XVI daba a conocer la esperada encíclica sobre la caridad, *Caritas in veritate*. La carta aparece en un momento de profunda crisis, en que se muestran fracasadas todas las teorías, doctrinas y realidades económico-sociales que el hombre y las naciones han llevado a cabo en los últimos doscientos años y con las que pretendían alcanzar el bienestar y la felicidad humana y de los pueblos.

Benedicto XVI y, con él la Iglesia, es muy consciente de la situación actual del mundo, de las desviaciones y de la pérdida de sentido que ha sufrido y sufre la caridad, la irrelevancia para interpretar y orientar las responsabilidades morales, y que con frecuencia se relativiza la verdad, y por ello puede juzgar y da soluciones a todos los estados de nuestra sociedad.

Pero, erraríamos si tomáramos la encíclica como un remedio coyuntural desde una perspectiva cristiana –todo lo teocéntrica que se quiera– a la actual crisis económica. La encíclica no es un tratado de economía para cristianos comprometidos, sino una nueva y acuciante llamada para una justicia social a nivel mundial y una reivindicación de la virtud de la caridad en su sentido más profundo. La caridad es una virtud teologal, que nos mueve a amar al prójimo por amor a Dios; no es una actitud «paternalista», ni es filantropía. Lo que ocurre es que «tampoco» en economía hay solución fuera del orden cristiano, fuera de la justicia y de la caridad, fuera de la verdad. También en la economía, también en el ámbito social, es verdad aquello de que «sin Mí nada podéis hacer». La crisis coyuntural pasará, dejando un número mayor o menor de bajas en el campo de la batalla económica; los técnicos hallaran el remedio para salir de la crisis y volveremos a un nuevo equilibrio inestable, que se derrumbará en una nueva crisis más o menos lejana. Siguiendo con el símil bélico, podemos decir que hallarán la táctica, pero seguirán –ellos, los técnicos, pero especialmente los políticos, los «grandes» líderes– sin la estrategia para un auténtico progreso humano.

Una economía basada en el beneficio egoísta, en una política familiar y demográfica asesina, en la existencia de zonas de pobreza y de subdesarrollo, en el consumismo, en el despilfarro, en la falta de libertad, no sólo está condenada al fracaso sino que es causa de mayor injusticia y más pobreza. Más allá de esta crisis y de su solución, las palabras del Papa, que llaman a basar el orden social y económico en la verdad, la justicia y la caridad, serán la guía segura para un nuevo orden mundial. El camino es largo porque no se puede cambiar la sociedad sin cambiar las conciencias, pero no hay otro. Lo dice el Papa en la conclusión de la encíclica: «La cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil –en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el *ethos*–, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento».

La única solución a los problemas del mundo actual y futuro: «*Sin mí nada podéis hacer*»¹

GERARDO MANRESA PRESAS

La doctrina de la Iglesia es fruto de la caridad

COMO explica el papa Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*, la Iglesia quiere siempre el bien de los hombres y para ello va guiándoles y enseñándoles el camino por donde llegar. Por ello no sólo les invita a alcanzar a Dios en el cielo, sino también a gozar de la máxima felicidad en la tierra. Así ya desde la Tradición apostólica existe un cuerpo de doctrina que a lo largo del tiempo se ha ido consolidando y ensanchando a medida que el hombre ha ido acumulando experiencia de su actividad en la tierra, es decir, desde aquel *Creced y multiplicaos*, que dijo Dios después de la creación del hombre.

Después de veinte siglos, los hombres, sin hacer caso de las enseñanzas y de la doctrina de la Iglesia, de forma constante y continuada y en todas partes, siguen intentando alcanzar su felicidad y su bienestar por los medios y doctrinas que ellos mismos se han ido forjando. Los gobernantes de las naciones buscan la felicidad de sus conciudadanos, por medios poco apropiados para hacerlo.

La Iglesia siguiendo el magisterio que recibió de su Maestro va enseñando con paciencia y va repitiendo las mismas enseñanzas, según las nuevas doctrinas, ya aplaudiendo los valores positivos y reales que hay en estas doctrinas, ya haciendo constar su negativa a las teorías que ha desarrollado el hombre o las naciones y que claramente van contra su felicidad.

En los siglos anteriores, especialmente en los siglos XIX y XX, en el campo económico y social, la Iglesia habló con determinación y de forma muy tajante, condenando doctrinas procedentes del liberalismo y del socialismo y comunismo. Con el tiempo se ha visto claramente que, aunque decían que iban a traer el bienestar y la felicidad a todos los hombres y naciones, no lo han conseguido, antes bien han traído desigualdades, odios y, consecuentemente, guerras. Ha quedado muy patente que estas doctrinas no han servido y, a pesar de ello, los estados siguen buscando por los mismos caminos o por vías

intermedias, el mismo fin. Pero, lógicamente, si las doctrinas que se siguen para ello no llevan al fin propuesto, tampoco llevarán las vías intermedias.

En el siglo XXI, Benedicto XVI ha cambiado la forma de mostrar esta misma doctrina y no quiere condenar las doctrinas y las formas de actuar, que utilizan los gobiernos de las naciones en el campo económico y social, principalmente, porque, como insiste en su encíclica, la doctrina social de la Iglesia es la misma, desde la Tradición apostólica y antes y después del Concilio y, por lo tanto, lo que está condenado no hace falta condenarlo de nuevo, pues ya lo está y, considera él que no es momento de condenaciones.

Pero no deja de expresar su desaprobación de forma muy clara cuando la doctrina no es buena o lleva a consecuencias malas y además lo justifica plenamente, dando fuertes razones para apoyar, no sus teorías, porque no son suyas, sino de la Iglesia.

Causas de la crisis actual

LA encíclica *Caritas in veritate*, en principio es una carta social que el Papa ha querido que apareciera en este momento de profunda crisis, en que se muestran fracasadas todas las teorías, doctrinas y realidades económico-sociales que el hombre y las naciones han llevado a cabo en los últimos doscientos años y con las que pretendían alcanzar el bienestar y la felicidad humana y de los pueblos.

Benedicto XVI y, con él la Iglesia, es muy consciente de la situación actual del mundo, de las desviaciones y de la pérdida de sentido que ha sufrido y sufre la caridad, la irrelevancia para interpretar y orientar las responsabilidades morales, y que con frecuencia se relativiza la verdad,² y por ello puede juzgar y da soluciones a todos los estados de nuestra sociedad.

Ante la situación actual, Benedicto XVI quiere mostrar al hombre y a los estados y pueblos dónde están los errores y dónde se ven puntos positivos en

1. Jn 15,5.

2. *Caritas in veritate*, n. 2.

cada una de estas teorías y doctrinas y va desmenuzando y exponiendo las causas del fracaso actual y los puntos que pueden ayudar a lograr el bienestar y la felicidad de los hombres.

Así la encíclica va pasando revista a la situación actual y hace que nos preguntemos hasta qué punto se han cumplido las expectativas de Pablo VI, en la *Populorum progressio*, siguiendo el modelo de desarrollo que ha adoptado en las últimas décadas.³ Nos dice, en primer lugar, que está fundada la preocupación de la Iglesia por la capacidad del hombre, meramente tecnológico, para fijar objetivos realistas y poder gestionar de forma constante y adecuada los instrumentos disponibles. Así el objetivo exclusivo del beneficio en las empresas, cuando se busca sin el fin último del bien común destruye riqueza y crea pobreza, y aunque haya habido desarrollo, éste ha estado aquejado por desviaciones y problemas dramáticos, que la crisis actual ha puesto todavía más de manifiesto. Destaca también los perniciosos efectos sobre la economía real que ha tenido una actividad financiera mal utilizada.⁴

Todo ello nos lleva, dice, a que la crisis nos obligue a revisar nuestro camino, darnos nuevas reglas y encontrar nuevas formas de compromiso, apoyándonos en experiencias positivas y rechazando las negativas. Se debe examinar con objetividad la dimensión humana de los problemas.⁵

Sigue denunciando el empobrecimiento social de amplios sectores de población de los países ricos y la miseria de los países pobres, y paralelamente a ello la corrupción en todos los países y el desprecio de los derechos humanos de mucha parte de la población. Aunque muchas áreas del planeta se han desarrollado, lo han hecho de forma desigual y, si acaso, sólo económicamente y esto no es un verdadero desarrollo.⁶

Todo esto hace decir a la Iglesia, a través de la encíclica *Caritas in veritate*: Hoy, aprendiendo también la lección que proviene de la crisis económica actual, en la que los poderes públicos del Estado se ven llamados a corregir errores, parece más realista una renovada valoración de su papel y de su poder, que han de ser sabiamente reexaminados y revalorizados de forma que sean capaces de afrontar los desafíos del mundo actual, incluso con nuevas modalidades de ejercerlo.⁷ Es decir, que «recomienda» a los estados que cambien las formas de dirigir las diversas sociedades nacionales y que se centren en lo

que es verdaderamente importante y más le interesa al hombre. Porque el hombre no es solamente un ser económico, sino que hay otros aspectos tanto o más importantes que el económico que le permitirán ser feliz, y que los consiga es también obligación del Estado, en la medida que le corresponda por las legislaciones.

La persona es mucho más que un ser económico

EN esta encíclica, Benedicto XVI, hablando de las doctrinas del mundo actual, entiende muy bien lo que es la globalización, que hoy pretenden los estados y considera el gran bien que ello puede hacer, pero advierte que si globalizamos tan sólo la economía no vamos a ver ningún adelanto en el bien de las personas, antes al contrario, crearemos personas y pueblos desengañados y resentidos, porque la globalización es un hecho en el que se debe incluir a la persona total, así como a los pueblos totales, pues para esto se llama globalización.

Benedicto XVI trata en esta encíclica sobre muchos otros temas, que parece no tienen mucho que ver directamente con la economía, pero sí con la sociedad, pues realmente así debe tratarse de la globalización. Y va poniendo de relieve todos los aspectos de la naturaleza humana que no sólo pueden tener, sino que realmente tienen influencia en la felicidad humana: la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural, pasando por facetas de la cultura de los pueblos, como son el idioma, las costumbres y demás características de los pueblos pobres y necesitados que deben respetarse, siempre que no atenten contra los principios fundamentales de la naturaleza humana, como son, la familia, formada por el matrimonio indisoluble de un hombre y una mujer, la educación en los valores morales cristianos o naturales. Y así expone temas que siempre han estado en la doctrina social de la Iglesia, pero no se trataban al hablar de temas socio-económicos, como es la necesidad de la religión para el bien del hombre y de los pueblos, que Dios debe recibir culto público para el bien de la sociedad o cómo la verdad es un bien necesario para conseguir la felicidad y el bienestar.

Sin embargo lo que más realzado queda en esta encíclica y que, en cierto modo abre las puertas al mundo para que se dé cuenta de ello, es el carácter espiritual que quiere dejar patente a todos los hombres y, especialmente a todos los estados, de que de un ambiente en el que no reine la caridad, en el que Dios no esté presente, es totalmente imposible pensar en llegar a obtener un clima de paz y felicidad entre los hombres y en las naciones, es decir,

3. *Caritas in veritate*, n. 21.

4. Id., n. 21.

5. Id., n. 22.

6. Id., n. 23.

7. Id., n. 24.



paz interna y externa en los corazones de los hombres y paz interna y externa entre las naciones. Benedicto XVI es muy claro en esto y nos dice que sin caridad no puede haber justicia, después de afirmar que la caridad empieza cuando la justicia ha llegado a todos los hombres. Insiste en ello afirmando que toda la doctrina social de la Iglesia, desde su inicio, gira alrededor de la *Caridad en la verdad*⁸ y es su vía maestra, tanto en la verdadera sustancia de la relación personal con Dios y con el prójimo, como en las relaciones sociales, económicas y políticas entre estados y ciudadanos, así como entre naciones.

En todos los puntos que comenta, al ir tratando todas las doctrinas que actualmente se están extendiendo por el mundo, nos confirma que la caridad es indispensable para lograr la felicidad, pero al mismo tiempo si no hay verdad en la doctrina socio-económica que se quiere aplicar es imposible que el hombre pueda perseverar en ella, pues, *el desarrollo y el bienestar y una solución socio-económica adecuada necesitan de esta verdad*.⁹

Con esto vuelve el Papa a insistir en el punto siempre tan tratado de que la luz intelectual del hombre es dada simultáneamente por la verdad y la fe, que iluminan la inteligencia humana la cual llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad,¹⁰ pues

sin verdad la caridad es tan sólo sentimentalismo,¹¹ cosa que tan frecuentemente vemos en muchas actitudes humanas del mundo de hoy.

Anuncio del Reinado social de Cristo

PARECE que en esta encíclica, Benedicto XVI quiere exponer, aunque solamente sea en momentos puntuales, toda la doctrina social de la Iglesia y puntos morales y políticos colindantes con ella, y así, como hemos dicho, habla de muchos temas que en principio parecen poco apropiados, pero si miramos bien el conjunto de la Encíclica, se tocan todos los puntos en los que queda enfocado lo que podría ser una presentación de lo que siempre ha enseñado la Iglesia en temas sociales y de moral.

Especialmente lo que parece más importante es cómo el Santo Padre centra todo el problema de la sociedad humana, pues en la introducción y la conclusión de la encíclica, vemos cómo quiere Benedicto XVI que se mueva toda la sociedad humana, lo que llama *caritas in veritate in re sociali*¹², o la Ciudad de Dios.¹³ Para los miembros de Schola Cordis Iesu, que hemos heredado del padre Orlandis una gran esperanza teológica en la venida del Reinado social de Cristo y una predilección por el estudio de la teo-

8. Id., n. 6.
9. Id., n. 5.
10. Id., n. 3.

11. *Caritas in veritate*, n. 3.
12. *Caritas in veritate*, n. 5.
13. *Caritas in veritate*, n. 7.

logía de la historia, en esta encíclica podemos ver un anuncio de lo que nuestro fundador, y con él, su sobrino el padre Rovira, S.I.,¹⁴ creían que era el futuro Reino social de Cristo después de la derrota del Anticristo. Benedicto XVI presenta esta encíclica situando cada cosa en su lugar y apremiándonos a que todo el mundo político, social y moral lo situemos en el único sitio en que se puede lograr la felicidad de la persona y de la sociedad: que nos dejemos vivificar por la caridad y guiar por la verdad, y así lo repite varias veces. En la conclusión nos dice aquellas palabras de Cristo: *Sin mí nada podéis hacer* (Jn 15,5) y añade además: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20), porque sólo así podremos «transformar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne (Ez 36,26) y así hacer la vida terrena más divina y así más digna del hombre».¹⁵

¿Quién no ve en esta enseñanza de Benedicto XVI, un anuncio de lo que será el futuro Reino de Cristo en la consumación, después de la derrota del Anticristo? La ley que reinará en todo el mundo será la *caridad en la verdad*, y, como dice el Apóstol en la Carta a los Efesios, que cita el Papa en su encíclica¹⁶, «hasta que todos alcancemos la unidad

de la fe y del conocimiento del hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar por todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error. Al contrario, *abrazados a la verdad en todo crezcamos en caridad*, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad»¹⁷. Entonces todas las naciones, junto con el pueblo judío, como está profetizado, convertidas ya a Cristo se le someterán como al único Rey y todos los hombres, judíos y gentiles, trabajarán juntos como un solo hombre para servir a este Rey y formarán un solo rebaño bajo un solo Pastor.

¡Gracias Santo Padre por este anuncio de esperanza que nos da con su encíclica, en un momento en el que muchos cristianos están desanimados y asustados por todo lo que parece que se nos viene encima! Porque estamos convencidos de que, tal como nos enseñó Jesús en el padrenuestro, vendrá el Reino de Cristo y en la tierra todos los pueblos harán su voluntad como se hace en el cielo.

¡Ven pronto, Señor! ¡Venga a nosotros tu Reino, Señor!

14. Autor de un libro inédito todavía sobre teología de la historia: *Sobre la consumación del Reino de Cristo*.

15. *Caritas in veritate*, n. 79.

16. *Caritas in veritate*, n. 2.

17. Ef 4,13-15.



«Caritas in veritate»

CONCLUSIÓN

Sólo con Cristo podremos conseguir el desarrollo

Sin Dios el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Y nos anima: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo» (Mt 28,20). Ante el ingente trabajo que queda por hacer, la fe en la presencia de Dios nos sostiene, junto con los que se unen en su nombre y trabajan por la justicia. Pablo VI nos ha recordado en la *Populorum progressio* que el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero.

Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. *El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil –en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el *ethos*–, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento.

La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionante compromiso por la justicia, por el desarrollo de los pueblos, entre éxitos y fracasos, y en la tarea constante de dar un recto ordenamiento a las realidades humanas. *El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos, aun cuando no se realice inmediatamente, aun cuando lo que consigamos nosotros, las autoridades políticas y los agen-*

tes económicos, sea siempre menos de lo que anhelamos. Dios nos da la fuerza para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande.

El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don. Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los «corazones de piedra» en «corazones de carne» (Ez 36,26), y hacer así la vida terrena más «divina» y por tanto más digna del hombre. Todo esto es *del hombre*, porque el hombre es sujeto de su existencia; y a la vez *de Dios*, porque Dios es el principio y el fin de todo lo que tiene valor y nos redime: «el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro».

Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Co 3,22-23). El anhelo del cristiano es que toda la familia humana pueda invocar a Dios como «Padre nuestro». Que junto al Hijo unigénito, todos los hombres puedan aprender a rezar al Padre y a suplicarle con las palabras que el mismo Jesús nos ha enseñado, que sepamos santificarlo viviendo según su voluntad, y tengamos también el pan necesario de cada día, comprensión y generosidad con los que nos ofenden, que no se nos someta excesivamente a las pruebas y se nos libre del mal (cf. Mt 6,9-13).

Al concluir el *Año Paulino*, me complace expresar este deseo con las mismas palabras del Apóstol en su *Carta a los Romanos*: «*Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo*» (12,9-10). Que la Virgen María, proclamada por Pablo VI *Mater Ecclesiae* y honrada por el pueblo cristiano como *Speculum iustitiae* y *Regina pacis*, nos proteja y nos obtenga por su intercesión celestial la fuerza, la esperanza y la alegría necesaria para continuar generosamente la tarea en favor del «*desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres*».

La actividad económica no es ajena a la moral

JORGE SOLEY CLIMENT

Si siempre resulta difícil destacar una idea, que se quiere presentar como nuclear, de entre las muchas que configuran una encíclica pontificia, en el caso de la reciente *Caritas in veritate* esta tarea puede parecer, por la diversidad de desarrollos que aborda, imposible. No obstante, y corriendo el riesgo de no convencer al lector en lo que, por otra parte, es algo claramente opinable, consideramos que una de las ideas nucleares de esta encíclica es la afirmación, reiterada a lo largo de todo el texto, de que la actividad económica no es ajena a la moral. Moral que es uno de los rostros de la verdad, y que, como se afirma en el número 5, es el quicio de la doctrina social de la Iglesia, que «es servicio de la caridad, pero en la verdad». Por eso, añade: «El desarrollo, el bienestar social, una solución adecuada de los graves problemas socioeconómicos que afligen a la humanidad, necesitan esta verdad».

En este artículo pretendemos contrastar esta idea fundamental de la encíclica con la obra de uno de los más reputados economistas de la segunda mitad del siglo xx para descubrir que la afirmación pontificia de los límites de la economía como técnica, desgajada de cualquier dimensión moral, lejos de tener su origen en una incompreensión del mundo económico, es compartida por lo mejor de éste.

Necesidad de enmarcar la economía en un orden moral

ESTA necesidad de la economía de enmarcarse en un ámbito más amplio, que trascienda lo meramente técnico y material, podemos encontrarla en el número 71 de la *Caritas in veritate*: «El desarrollo de los pueblos es considerado con frecuencia como un problema de ingeniería financiera, de apertura de mercados, de bajadas de impuestos, de inversiones productivas, de reformas institucionales, en definitiva como una cuestión exclusivamente técnica. Sin duda, todos estos ámbitos tienen un papel muy importante, pero deberíamos preguntarnos por qué las decisiones de tipo técnico han funcionado hasta ahora sólo en parte. La causa es mucho más profunda. El desarrollo nunca estará garantizado plenamente por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional».

Es ésta también la gran conclusión a la que toda su vida de economista, tanto académico como práctico, llevó a Wilhelm Röpke, importante teórico adscrito a la llamada Escuela de Friburgo y asesor en materia económica del primer ministro alemán Konrad Adenauer. En la que es quizás su obra más conocida, *Más allá de la oferta y la demanda*, Röpke polemiza con los reduccionistas economicistas sosteniendo que «las cosas auténticamente decisivas son las que están más allá de la oferta y la demanda, aquellas de las que depende el sentido, la dignidad y la plenitud interior de la existencia, las que se refieren a metas y valores situados en la esfera de lo moral entendido en su más amplio sentido».

Y sigue Röpke: «Es evidente que la vida económica no gira en el vacío moral. Está, más bien, siempre expuesta al riesgo de perder su nivel ético medio si no se asienta sobre sólidos fundamentos morales, que existen de hecho, pero a los que es preciso impermeabilizar constantemente contra la depravación. [...] El orden de la vida económica sólo puede entenderse como parte del orden total de la respectiva sociedad, en armónica correspondencia con el orden político y espiritual».

El mercado no se basta por sí mismo

Ni tampoco el Estado, nos recuerda atinadamente Benedicto XVI en el número 39 de la encíclica: «Cuando la lógica del mercado y la lógica del Estado se ponen de acuerdo para mantener el monopolio de sus respectivos ámbitos de influencia, se debilita a la larga la solidaridad en las relaciones entre los ciudadanos, la participación y el sentido de pertenencia [...] El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad», es pues necesaria la aportación de la sociedad civil.

En esta misma línea, encontramos en Röpke, por supuesto la descalificación de las pretensiones monopolísticas del Estado, pero también la constatación de esta insuficiencia del mercado, dado que «la economía de mercado es un entramado en constante renovación de relaciones contractuales a plazos más o menos largos. Y, por tanto, no puede tener consistencia si la confianza que todo tratado presupone no puede cimentarse en la amplia base de la solidez ética de todos los participantes.» Por ello otros agentes deben entrar en liza si queremos una

sociedad sana, pues «ni el mercado, ni la competencia, ni el juego de la oferta y la demanda pueden generar estas reservas morales. Las presuponen y las utilizan. [...] De ellas tienen que proveer la familia, la Iglesia, las auténticas comunidades y la tradición», escribirá Röpke.

La economía entendida como técnica es incapaz de lograr el desarrollo integral

ESCRIBE Benedicto XVI en el número 77 de *Caritas in veritate*: «El absolutismo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia. [...] También el desarrollo del hombre y de los pueblos alcanza un nivel parecido, si consideramos *la dimensión espiritual* que debe incluir necesariamente el desarrollo para ser auténtico. Para ello se necesitan unos ojos nuevos y un corazón nuevo, que *superen la visión materialista de los acontecimientos humanos* y que vislumbren en el desarrollo ese «algo más» que la técnica no puede ofrecer. Por este camino se podrá conseguir aquel desarrollo humano e integral, cuyo criterio orientador se halla en la fuerza impulsora de la caridad en la verdad».

Esta idea se encuentra también en la denuncia que hace Röpke de lo que él llama «racionalismo social», al que acusa de que «induce a la falsa idea de que la economía de mercado no es otra cosa sino una “técnica económica”, que puede insertarse en cualquier tipo de sociedad y puede actuar con eficacia en cualquier clima espiritual y social». Más allá de lo técnico y material, son aspectos morales, políticos y espirituales los que configuran la vida económica de una sociedad: «La economía de mercado de una sociedad atomizada, masificada, proletarizada y prisionera de la concentración es muy distinta de la economía de mercado de una sociedad con un amplio abanico de distribución de la propiedad, con sólidas existencias y auténticas comunidades, que comenzando por la familia, ofrezcan al hombre un firme punto de apoyo, con contrapesos frente a la competencia y al mecanismo de precios, con individuos bien enraizados, cuya existencia no esté desvinculada

de las anclas naturales de la vida». Justamente lo que se recuerda en el n° 36 de *Caritas in veritate* cuando se afirma que «no se debe olvidar que el mercado no existe en su estado puro, se adapta a las configuraciones culturales que lo concretan y condicionan».

Necesidad de una sana antropología

TODAS estas limitaciones y defectos aquí señalados sólo se pueden superar mediante una concepción antropológica sana, una comprensión de lo que realmente es el hombre, tal y como afirma el número 11 de la encíclica, en el que Benedicto XVI escribe: «Este desarrollo exige, además, una visión trascendente de la persona, necesita a Dios: sin Él, o se niega el desarrollo, o se le deja únicamente en manos del hombre, que cede a la presunción de la autosalvación y termina por promover un desarrollo deshumanizado». En frase sintética, que encontramos en el número 75 de *Caritas in veritate*, «la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica».

Esta atención antropológica también se encuentra en Röpke, quien expresa claramente su convencimiento de que la clave para entender adecuadamente la economía reside en esa «visión trascendente de la persona» de la que nos habla Benedicto XVI: «Porque creo tener una idea bien definida del hombre, configurada sobre la herencia espiritual de la antigua tradición cristiana; porque le considero imagen de Dios; porque llevo en la sangre la convicción de que es un horrendo pecado rebajarle a la condición de medio (aunque se haga en nombre de frases altisonantes); porque afirmo que el alma es algo incomparable, intransferible e inapreciable y que, comparado con ella, todo lo demás es nada; porque me declaro seguidor de un humanismo enraizado en estas convicciones, para el cual el hombre es hijo de Dios hecho a su imagen y semejanza, pero no es Dios, como pretende divinizarlo la *hybris* de un humanismo falso y ateo, por todo ello considero con la más profunda desconfianza todo tipo de colectivismo».

La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

La crisis económica. ¿Y después, qué?

PEDRO OCHOA

Es estos últimos meses se habla mucho de crisis económica, y es normal, con un nivel de paro de más del 18 % y en ascenso, con déficit creciente en las cuentas de todas las administraciones públicas, con el anuncio de aumento de impuestos y con medidas fiscales que poco ayudan a la creación de empleo privado.

Pero esta revista no es el foro para hablar de estos temas, que ya son suficientemente debatidos en los medios de comunicación. Nos vamos a referir aquí a las leyes y costumbres que están transformando nuestra sociedad y apartándola cada vez más de la ley natural, de la ley de Dios y de los principios y hábitos de vida de los miembros de la Iglesia católica. Esta transformación social también tiene repercusión económica; de ahí el título del artículo: ¿y después, qué?

Empecemos por la familia entendida como la unión de un hombre y una mujer abiertos a la procreación y educación de los hijos y sustentada para los católicos en el sacramento del matrimonio para toda la vida. La familia es la estructura primaria básica a partir de la cual se generan y ordenan las instituciones socialmente necesarias (municipios, escuelas, empresas, colegios profesionales, asociaciones políticas, administraciones públicas...) para el desarrollo económico y social de una sociedad estable.

Pero a la familia tradicional le han salido muchos enemigos. El divorcio, instaurado hace ya muchos años y con revisión de la legislación el año 2005 para hacerlo más fácil: el divorcio *express*. Más de ochenta y tres mil divorcios en 2005 y más de ciento treinta mil en 2007, y en ascenso. Otras formas de convivencia alternativas a la familia apoyadas en la ideología de la desvinculación y la ideología de género, como son: las parejas de hecho, las relaciones de parejas del mismo sexo, la vida en grupos tipo comuna o la vida en solitario. Todos estos tipos de convivencia tienen en común el evitar compromisos a largo plazo como es traer hijos al mundo.

Estas disfunciones de la familia tradicional han provocado que la tasa de natalidad haya caído en España de 2,8 hijos por mujer en 1975, a la mitad en la actualidad, 1,4 hijos por mujer. También han ayudado a esta disminución otros aspectos culturales como son: el retraso en la edad de tener hijos, la inestabilidad de los matrimonios y el trabajo fuera de casa de la mujer, a la que pocas ayudas se le ofrecen para compaginar la vida laboral y la vida familiar.

Capítulo aparte merece el aborto, del que se prepara una nueva ley para ser aprobada en los próxi-

mos meses. En el año 2008 se asesinaron más de ciento veinte mil niños inocentes al amparo de unos supuestos permitidos en la ley actual. En la nueva ley, el asesinato de niños será un derecho de la mujer a partir de los 16 años, con lo que el número de abortos crecerá dejando pequeñas las cifras actuales.

Nuestra sociedad europea occidental está acostumbrada a unas prestaciones sociales que configuran lo que se denomina el *Estado del bienestar*, entre las que se incluyen: la pensión de jubilación, la asistencia sanitaria, la educación y las prestaciones por dependencia.

Los gastos sociales actuales se financian con las cotizaciones a la Seguridad Social de las empresas y los trabajadores actuales. La proporción de personal ocupado (ingresos) frente a personal jubilado (gastos) está disminuyendo progresivamente y seguirá por este camino, ya que la esperanza de vida aumenta y la natalidad disminuye.

El gasto en pensiones se sitúa en la actualidad en torno al 9% del PIB y crecerá continuamente estimándose que estará cerca del 16% en 2050. ¿Cómo se cubrirán las pensiones en esos años? No se preocupen, tienen la solución. Una nueva transgresión de la ley de Dios: se aprobará una ley de eutanasia universal y obligatoria con edad de defunción variable, a determinar cada año en la ley de Presupuestos del Estado. La variable de la edad de defunción se calculará para conseguir que cuadren las cuentas del Estado del «bienestar» (*bienestar* entre comillas).

Estas son las consecuencias de una cultura materialista, individualista, relativista y sin Dios, que se nos ofrece por doquier en los medios de comunicación y en la sociedad en general. Es necesario volver a la realidad. Volver la mirada al hombre tal y como lo concibe el mensaje cristiano, la criatura vinculada a su Creador.

Terminamos con el inicio de la reciente encíclica del papa Benedicto XVI: «*La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la primera fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad*».

NOTA: Varias ideas y cifras de este artículo se han obtenido de los estudios monográficos publicados por el Instituto de Estudios del Capital Social de la Universidad Abat Oliba-CEU que dirige Josep Miró i Ardèvol, miembro del Pontificio Consejo para los Laicos. Invitamos a conocer estos estudios visitando la web: <http://incas.uao.es/monograficos>.

La verdad importa

SAMUEL GREGG*

QUE tengan cuidado los relativistas. Les guste o no, la verdad importa, incluso en el ámbito económico. Ese es el mensaje central de la nueva encíclica del papa Benedicto XVI *Caritas in veritate*. Durante dos mil años, la Iglesia católica ha tratado de inculcar cuatro ideas que en la actualidad resultan bastante impopulares: *a)* que existe la verdad, *b)* que no es sólo un conocimiento científico, *c)* que se puede alcanzar mediante la fe y la razón y *d)* que la verdad no es cualquier cosa que uno quiera o siente que sea.

A lo largo de toda su vida, Benedicto XVI ha profundizado en estos temas, precisamente porque gran parte del mundo, incluyendo a muchos cristianos, han olvidado el porqué de su importancia.

Tal vez el mensaje más relevante sobre la economía que contiene *Caritas in veritate* es que la economía de mercado no puede basarse en cualquier sistema de valores. En contra de todos los relativistas de izquierdas y de derechas, Benedicto XVI mantiene que para lograr el bien común las economías de mercado deben ser apuntaladas por el compromiso a ciertos bienes morales básicos y a una cierta visión de la persona humana: «La economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona».

«Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca», dice el Papa, «el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica». La reciente crisis financiera desde luego ha confirmado de manera rotunda esta afirmación. El colapso del mercado de las hipotecas *subprime* estadounidense fue en parte responsabilidad de que miles de personas mintieran en el proceso de concesión del crédito. ¿Debería sorprendernos que la violación masiva de la prohibición moral contra la mentira tenga consecuencias económicas devastadoras? «El sector económico», nos recuerda el Papa, «no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente».

A diferencia de lo que pronosticaban ciertos comentaristas estadounidenses antes de que se publicara la encíclica, no se han perpetrado, como suele pasar, las críticas papales al «capitalismo global».

* Samuel Gregg es director de investigación del Acton Institute.

En términos económicos, el Papa nos señala que la cansina idea de que la riqueza de los países ricos procede de la miseria de las naciones pobres –tal y como suelen predicar Hugo Chávez y cualesquiera otros dentro de esa banda moribunda que es la teología de la liberación– supone un error. Se trata de todo un golpe a la hipótesis central con la que trabajan muchos activistas de la justicia social.

Tampoco estarán muy contentos con las preocupaciones que ha mostrado el Papa sobre cómo la ayuda exterior puede derivar en situaciones de dependencia, por no mencionar las críticas de Benedicto XVI contra el proteccionismo o la insistencia en que ningún cambio institucional puede sustituir a que la gente elija libremente el bien: «El desarrollo humano integral supone la libertad responsable de la persona y los pueblos: ninguna estructura puede garantizar dicho desarrollo desde fuera y por encima de la responsabilidad humana».

Además, Benedicto XVI no considera que el mercado sea moralmente problemático en sí mismo. «El mercado no es ni debe convertirse en el ámbito donde el más fuerte avasalle al más débil. La sociedad no debe protegerse del mercado, pensando que su desarrollo comporta ipso facto la muerte de las relaciones auténticamente humanas». Lo que importa, según el Papa, es la cultura moral dentro de la cual se desarrolla el mercado.

En el centro de la economía hay personas humanas. Si la mente de las personas está dominada por una cultura exageradamente hedonística, realizarán elecciones económicas exageradamente hedonísticas. «Por eso», comenta Benedicto XVI, «no se deben hacer reproches al medio o instrumento sino al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social».

Con todo, las implicaciones de la verdad sobre la vida económica no terminan aquí. Para Benedicto XVI constituye una lente a través de la cual analizar conceptos como «ética empresarial», «ética de la inversión» o «responsabilidad social corporativa». No es una novedad que las elecciones empresariales y de inversión tienen una dimensión moral. Lo que realmente importa para Benedicto XVI es comprender la moralidad que subyace a estos esquemas. Calificar una determinada inversión como «ética», enfatiza el Papa, difícilmente nos dirá si es moral o no.

Una segunda gran verdad que remarca Benedicto

XVI es que resulta indispensable la existencia de una fuerte sociedad civil que apoye y limite al mercado y al Estado. Por fuerte sociedad civil, el Papa no se está refiriendo a toda la plétora de ONGs subvencionadas por los gobiernos, muchas de las cuales Benedicto XVI identifica como un intento de imponer algunos de los peores aspectos del libertinismo occidental a los países en desarrollo. Ciertamente, el Papa cree que hay una necesidad de reevaluar cómo el Estado regula las distintas partes de la economía y, en última instancia, destaca que la virtud de la solidaridad se materializa en que la gen-

te ame a su prójimo; «no se la puede dejar solamente en manos del Estado».

El economista John Maynard Keynes es famoso por muchas cosas, entre ellas por decir que «a largo plazo, todos muertos». El horizonte temporal de Benedicto XVI para la vida económica es bastante distinto. El Papa le pide a la gente que viva su vida en el corto, medio y largo plazo como si vivir en la verdad fuera eternamente importante, por no mencionar que es eternamente relevante para la salvación del alma.

Ese es el cambio en el que todos creemos.

La caridad en la verdad es la fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad.

*

La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley.

*

Sin la verdad, la caridad cae en un mero sentimentalismo.

*

La caridad va más allá de la justicia. No puedo dar «al otro» de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos.

*

El *bien común* es el bien de «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. Desear el *bien común* y esforzarse por él es *exigencia de justicia y caridad*. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que corresponda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *polis*.

*

La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana.

*

El anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo y nos ha dejado la consigna de caminar por la vía del desarrollo con todo nuestro corazón y con toda nuestra inteligencia, es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad.

*

Sólo con la caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador.

*

La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. Jn 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

El valor de la austeridad*

La crisis económica que estamos viviendo a escala mundial tiene graves consecuencias en muchísimas personas, familias e instituciones de la sociedad. Además, cuando en el mundo tantos pueblos sufren hambre, cuando tantos hogares soportan miseria, cuando todavía falta construir un gran número de escuelas, de hospitales, de viviendas dignas; el hecho de despilfarrar bienes públicos o privados, de efectuar gastos de ostentación social o personal se convierte en un escándalo imperdonable.

El problema de la dilapidación de bienes es difícil. ¿Qué entendemos por malgastar? Es difícil en la vida privada; es más difícil en la vida pública. Sin embargo hay cifras terribles sobre los millones de personas que se encuentran en peligro de muerte por inanición y sobre los otros muchos millones de personas que están mal nutridas. Esto ha aumentado a causa de la crisis económica.

Es lógico que surja esta pregunta: ¿Has pensado cuánto malgastas o despilfarras en tu vida personal? Si pensamos en los gastos de la vida pública, ¿sería inútil una pregunta semejante?

La solución en lo referente a la vida de cada ciudadano está en asumir una vida austera. Es la única justa, cuando hay injusticias escandalosas. Contra esto no valen argumentos especiosos, como por ejemplo los de aquellos que los fundamentan en la propiedad de su dinero, o los de aquellos que los basan en las exigencias de su vida social. Dado que

todos formamos parte de la humanidad, nadie tiene derecho a ser feliz él solo. Porque como personas creemos en la solidaridad humana y como cristianos estamos convencidos de que el precepto del amor no es una palabra vacía.

No malgastar significa no consumir sin necesidad. Pero significa bastante más. Los criterios de la austeridad llevan a compartir aquello que una persona tiene, pensando en las muchas cosas que faltan a los demás. Eso puede ser llamado también sacrificio o mortificación. Sin embargo es siempre una manifestación del amor, que en vez de empobrecernos nos enriquece como personas y como cristianos.

El egoísmo es una enfermedad que impide al hombre progresar, crecer y que, en último término, provoca la pérdida de la felicidad. Un corazón en el que no hay lugar para compartir lo que se posee es un corazón vacío.

Si el amor y la solidaridad no llenan este corazón humano, el vacío lo empobrecerá y hará que la humanidad se aleje de la familia humana que Dios Creador quiere y desea.

Vemos claramente que la austeridad va muy unida a la solidaridad que exige compartir los bienes que uno posee con las personas que tienen menos o pasan necesidad. Con estas dos virtudes humanas y cristianas se pueden elaborar soluciones eficaces para superar la crisis económica y construir un nuevo sistema económico mundial justo y solidario.

* Texto de la glosa dominical que nuestro arzobispo, el cardenal Lluís Martínez Sistach, publicó en el *Full dominical* del 2 de agosto de 2009.

† Lluís Martínez Sistach
Cardenal arzobispo de Barcelona

La solidaridad universal, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber. En la actualidad, muchos pretenden pensar que no deben nada a nadie, si no es a sí mismos. Piensan que sólo son titulares de derechos y con frecuencia les cuesta madurar en su responsabilidad respecto al desarrollo integral propio y ajeno. Por ello, es importante urgir una nueva reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario. Hoy se da una profunda contradicción. Mientras, por un lado, se reivindican presuntos derechos, de carácter arbitrario y voluptuoso, con la pretensión de que las estructuras públicas los reconozcan y promuevan, por otro, hay derechos elementales y fundamentales que se ignoran y violan en gran parte de la humanidad.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

La crisis económica y social: una primera aproximación a la encíclica «Caritas in veritate»*

JOSEP MIRÓ I ARDÈVOL

ESTA ES una reflexión global, y no de detalle, a partir de la encíclica y algunos elementos del magisterio pontificio a ella concernientes, que pueda servirles como un prólogo a una encíclica que debe ser leída y estudiada con calma porque ha sido elaborada en momentos diferentes, y se produce un engarce de estos temas que, por su naturaleza heterogénea, no aceptan con facilidad una síntesis.

Dar un sentido operativo a la caridad equivale a dar criterios orientadores de acción moral.

Advertencia: lo primero es la justicia. Y déjenme hacer una reflexión axiológica: no puede existir una persona injusta y caritativa.

La caridad va más allá de la justicia. Dar lo mío/darle lo suyo, lo que le corresponde...

Justicia es la medida mínima de la comunidad.

Amar es querer el bien común, que no es un abstracto universal, y se diferencia claramente del interés general. El bien común condiciona el desarrollo del bien personal.

Todo cristiano está llamado a trabajar en un papel público que no se agota en la educación y la asistencia pública.

Primera verdad: la Iglesia tiende a promover el verdadero desarrollo del hombre.

Segunda verdad: el desarrollo concierne a todas las dimensiones del hombre.

La importancia de la verdad

La verdad es, junto con la vida, el valor necesario que nos permite discernir los restantes valores y virtudes.

El Papa nos dice que es decisivo para la caridad: «*un cristianismo de caridad sin verdad fácilmente puede confundirse con una reserva de buenos sentimientos, provechosos, pero marginales*». Muy ligada a la anterior es su reiteración en la razón como elemento fundante de la condición humana.

¿Cuál es la razón de la pretensión que nos permite juzgar la crisis como cristianos? La respuesta encierra una afirmación y una hipótesis.

La afirmación. Dios-Logos y Dios-Amor se in-

roducen en la historia de la humanidad por la Encarnación. Luego, Jesucristo, su muerte y resurrección, es la clave de sentido de la humanidad. No existe otra mejor. Esta es la propuesta cristiana. Sin Él, *Caritas in veritate* no tiene sentido.

Además se puede formular una hipótesis abierta a todos, también a los no cristianos. Dicha hipótesis no se puede descartar *a priori* porque significaría rechazar la pregunta sobre Jesucristo y su papel en la dinámica humana. Sería como censurar la realidad histórica del hecho cristiano y su decisiva influencia en la humanidad. Esta hipótesis cobra todavía una mayor razón de ser, dado que vivimos el fracaso descomunal de todos los sistemas materialistas.

En esta concepción existe un implícito: el de que la realidad va más allá de lo simplemente material, que se fundamenta en la misma razón de por qué la emoción ante un bello ocaso no puede explicarse en términos de radiación de onda. Existe otra realidad más allá de lo inmediato que interpela al ser humano.

Si Jesucristo es la clave de toda experiencia humana, al menos para los cristianos, la crisis debe ser también interpretada y juzgada desde el seguimiento de su Persona.

Esta es la pertinencia cultural de un diagnóstico de la crisis: Cristo como centro de la realidad.

Conviene retener dos fechas:

1989, hundimiento del Muro de Berlín, implosión del sistema socialista basado en una concepción materialista que partía de un grave error antropológico, y una concepción técnica inadecuada: la planificación central y la liquidación de la propiedad privada;

y 2006, inicio de la crisis que sería mundial, y con ella de la idea del mercado autorregulado, que es la otra gran concepción materialista. Un error clamoroso de las predicciones, entre otras razones porque el paradigma vigente impedía aceptarlas.

El resultado es el fin de las utopías materialistas. Es necesario volver a la realidad. Volver la mirada al hombre tal y como lo concibe el mensaje cristiano, la criatura vinculada a su Creador. Construir el mundo sin Dios acaba destruyendo al ser humano y a su propia razonabilidad. El bastión de la razón humana hoy es la Iglesia como lo constata la palabra insistente del Papa, cumpliéndose así la profecía del cardenal Newman de hace ciento cincuenta años: «Llegará un día en que sólo la Iglesia defenderá la razón».

*Guión de la conferencia pronunciada por el autor en el Instituto Internacional San Telmo, de Sevilla, el 15 de julio de 2009.

La nueva encíclica debe ser leída y entendida desde la catolicidad real, y no desde la subjetividad cultural. Exige este discernimiento: 1.100 millones de católicos, el 17% de la población mundial, 2.000 millones de cristianos. La característica de la Iglesia católica es su dimensión realmente universal. No se trata sólo de una gran presencia en algunas macro regiones, como el islam, sino que su capilaridad abraza a todo el mundo, un mundo en el que Europa pesa cada vez menos.

Los estudios indican que, en el 2050, el mundo será en gran medida cristiano y musulmán. Habrá tres cristianos por cada dos musulmanes. En el 2025 los países con más cristianos serán México, Brasil, Nigeria, Estados Unidos, Zaire, Etiopía, Filipinas, y Rusia. Es evidente dónde pesará más el catolicismo, dónde estará su centro de gravedad. América, de norte a sur, África, y en menor medida, y ahí está el reto chino, Asia. Europa puede ser secundaria. Un cambio profundo está emergiendo y la encíclica está a su servicio.

Aunque bastantes de nuestros compatriotas se sientan al margen de ella, se vive en el mundo la revancha de Dios. No se confirma la reiteradamente anunciada extinción religiosa. En un mundo de soledades, de masas de individuos aislados, crece la demanda de sentido para la que no basta la moral. Es el resurgimiento de las grandes religiones, la profusión de movimientos renovadores, la proyección universal del papado, la presencia de la religión en la agenda internacional. Ante el secularismo, se alzan también respuestas erróneas, reacciones sectarias, propuestas esotéricas, terapias de autoestima, tentaciones gnósticas. Pero es innegable el desarrollo del sentido religioso.

Entre los jóvenes, minoritario pero capaz de congregarse multitudes, un aumento lento y gradual de las vocaciones, el fin de la secularización de las personas de vida consagrada, los ímpetus de los nuevos movimientos, el florecimiento de los monasterios contemplativos, el predominio católico en la acción solidaria, la presencia tan fuerte en Internet. Esta marea subirá con la crisis y la encíclica es una toma de posición y un anuncio de sentido que hemos de asumir y especialmente los laicos, tener la capacidad de aplicar, conscientes de que un cambio conmueve al mundo y una necesidad creciente surge del corazón del hombre.

No somos hijos de un moralismo, sino seguidores de Jesucristo. Nuestra prioridad no es la condena. Nuestra característica es la propuesta. Nuestra crítica, en todo caso, deriva secundariamente de ella. Y es la propuesta la que debe resplandecer. Se trata entre otras cosas, y dicho como ejemplo, de la necesidad y urgencia de un proyecto cultural cristiano para España, que muestre la belleza del cristianis-

mo y exprese la recta razón que se concreta en la ley natural.

Una experiencia cristiana que entiende que la evangelización no es tanto un programa, sino el compartir una vida alterada por un encuentro con Jesucristo que transforma toda la vida cotidiana porque se vive en la alegría y la esperanza de la Buena Nueva, del triunfo sobre la muerte.

La encíclica insiste en el concepto de desarrollo, retomando el que ya estableció Pablo VI, entendido como el paso de condiciones de menos a más humanas. Esa debería ser nuestra guía para la acción y para el juicio. ¿Qué hemos de hacer para que las realidades concretas que nos rodean sean más humanas? Ese diagnóstico encierra ya todo un programa político, toda una cultura de empresa.

Aportación del don en el sistema económico

UNA aportación nueva y extremadamente interesante es la propuesta de incorporar el don y la gratuidad en la economía. El don es, en realidad, uno de los motores esenciales de la sociedad y del propio sistema económico. En una definición esencial, pero no única, es lo que entraña la unión del hombre y la mujer, la paternidad y maternidad, de donde surge todo. No es momento y ocasión para detallarlo, pero es una evidencia subestimada, la relación que existe entre el don del matrimonio, el de la paternidad, con las condiciones de crecimiento económico a largo plazo a través de su papel en la formación del capital humano y del capital social, su incidencia decisiva en la productividad, así como, por otra parte, en la viabilidad del estado del bienestar. Ojalá este llamamiento del Papa a introducir el don en la reflexión económica, despierte un mayor interés para extender estos enfoques y metodologías científicas en la economía, en las políticas públicas y en la cultura empresarial, donde a lo máximo que ha llegado es a la valoración de la conciliación entre trabajo y familia.

Antes me he referido al mal de la desvinculación. Era una consideración necesaria porque partes muy importantes de la encíclica se orientan a la reconstrucción de los vínculos humanos. Quien piense que la crisis se resuelve de manera duradera mediante la mano del poder político y de la mano ciega del mercado, se equivoca. Ambos deben ser reformados para conseguir que eduquen en la libertad y la responsabilidad, para que lo humano tenga un papel determinante, y la significación de lo humano sea el vínculo.

La creciente interdependencia del mundo puede convertirse en solidaridad, y dar lugar a grandes convergencias y a ideales compartidos donde necesariamente debe darse una tensión con el bien

común en el sentido de la llamada imperiosa, la preferencia hacia los pobres y desvalidos. Pobres por carencias económicas, desvalidos por sus limitaciones como sujetos. El Papa pide, así mismo, una autoridad mundial que guarde relación con la globalización. Una autoridad, que debe entenderse en el marco conceptual de la Iglesia, y por consiguiente, bajo el principio de subsidiariedad. Otorga también una especial atención al medio natural. «*Los deberes del desarrollo*», dice «*están también muy unidos a los deberes que nacen de la relación del hombre con el ambiente natural.*» «*Este es también un don de Dios*», y subraya que es «*contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que el hombre*», pero también la posición opuesta «*porque el ambiente natural no es sólo materia disponible a nuestro gusto, sino obra admirable del Creador*». Y sobre todo ello la reflexión y acción por parte de los católicos, resultan necesarias.

El papel de los laicos es dar testimonio del Dios histórico encarnado, Logos y Amor, a través de la experiencia de un encuentro; la evangelización de la sociedad en su nombre dando a conocer la Buena Nueva que transforma de raíz toda existencia.

Por otra parte, debe multiplicarse el trabajo para transformar el magisterio social de la Iglesia en proyectos, iniciativas políticas públicas, y formas de gestionar la empresa y de ser emprendedor. No por-

que el Magisterio se pueda encerrar en un programa, sino porque en todos los programas pueden reflejarse aquellos fundamentos, y constituir el horizonte de sentido de nuestros proyectos colectivos y personales en el ámbito cultural, económico y social.

La concepción que debe presidir la acción pública

DE ahí debe surgir el nuevo católico, permanentemente reconciliado con Dios, abocado a una de las mayores manifestaciones de caridad, como es la caridad política entendida como ocupación en la vida pública, en palabras de Juan Pablo II. Para ello Benedicto XVI, en su audiencia en el plenario del *Pontificio Consejo para los Laicos* (15/Nov/08), afirmó «*la necesidad y urgencia de la formación evangélica y del acompañamiento pastoral de una nueva generación de católicos comprometidos en la política que sean coherentes con la fe que profesan, que tengan rigor moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional, y pasión de servicio para el bien común*». Esta es una de las tareas necesarias de este momento a la que el Papa, y en su nombre el *Pontificio Consejo para los Laicos*, nos llama a todos. En esta acción, la «Caridad en la verdad», se configura como una guía necesaria.

El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede —por decirlo con una expresión creyente— del *pecado de los orígenes*.

La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: «Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres». Hace tiempo que la economía forma parte del conjunto de los ámbitos en que se manifiestan los efectos perniciosos del pecado. Nuestros días nos ofrecen una prueba evidente. Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

La doctrina social católica

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

El doctor Canals fue un asiduo conferenciante en las reuniones de Amigos de la Ciudad Católica. En la que hacía el número XXV, celebrada en Alcobendas (Madrid) los días 6, 7 y 8 de diciembre de 1986, para glosar el tema «La doctrina católica», Canals pronunció la conferencia que reproducimos a continuación, tomada de la revista hermana Verbo (números 255-256, de mayo-junio de 1987). Al publicarla, en este número dedicado a la encíclica Caritas in veritate, la ofrecemos para ilustrar el derecho del Magisterio a proponer una doctrina social. En efecto, existe una doctrina social católica, está formada por verdades conexas con la fe, forma parte del magisterio de la Iglesia y nos obliga en conciencia; y sus normas y consignas iluminan nuestra conducta.

EN nuestros días son bastantes los católicos que obran y hablan como si no existiera una «doctrina social católica»; e incluso, con frecuencia, se niega su existencia. Nuestra reunión es ya ella misma expresión de la convicción que, gracias a Dios, compartimos todos, y que en sí misma habría de pertenecer como patrimonio común a todos los hijos de la Iglesia, de que tal doctrina existe de hecho, y que el hecho de su existencia se relaciona esencialmente con el carácter y misión de la potestad de magisterio de la Iglesia católica.

Formulemos enseguida algunas precisiones sobre el concepto de doctrina social católica, en el sentido en que nos hemos ocupado de ella en este Congreso. No damos este nombre de modo primero y propio a cualquier doctrina sociológica o filosófico-social que sea en sí misma verdadera y conforme con la verdad católica. Al referirnos a la doctrina social católica hablamos propiamente y en primer lugar de una doctrina enseñada por el magisterio de la Iglesia, cuyo contenido es la vida social en su más amplio sentido, es decir, la vida política, económica, cultural, educativa, familiar e incluso, naturalmente, la vida internacional.

Ha sido indudablemente una característica del magisterio eclesiástico del presente y del pasado siglo, sobre todo del ejercido desde la Cátedra Apostólica, el haberse ocupado con reiterada insistencia, ya combatiendo errores, ya precisando positivamente los principios orientadores de la vida social, de todos estos temas referidos en diversas dimensiones a la vida colectiva e histórica de la humanidad. De aquí que, para definir adecuadamente el sentido y la validez, es decir, la obligatoriedad práctica de «la» doctrina católica en todos estos campos, conviene preguntarnos en qué sentido y por qué título pertenece a la misión de la Iglesia el proponerlos a los hombres como algo exigido por la vida orientada por el Evangelio de Cristo.

«Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; así, pues, id y enseñad a todas las naciones, enseñándoles a guardar —esto es, a poner en práctica— todo lo que Yo os he mandado. Y estad ciertos que Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». «Quien a vosotros oye, a Mí me oye».

La promesa de permanencia a lo largo de los siglos hasta la consumación, nos hace patente que los sucesores de los Apóstoles, con el sucesor de Pedro a la cabeza, son los destinatarios de la promesa del Señor, y que el precepto de oírles como a Cristo a ellos se refiere a lo largo de las generaciones.

A la luz de las palabras evangélicas, y orientados por la propia enseñanza del magisterio de la Iglesia, podríamos advertir ahora cómo «lo enseñado» en virtud de su misión divina tiene en sí mismo la doble dimensión sin la que no podría cumplirse el designio de salvación para el que ha sido instituido aquel Magisterio: la dimensión de verdad «especulativa», de verdad que ha de ser profesada y afirmada y en sí misma reconocida, y la dimensión «práctica», de enseñanza, desde la autoridad de Dios, de cómo se deben guardar todas las cosas que Cristo ha mandado.

Es conveniente precisar que esta doble dimensión no coincide con los dos campos que inmediatamente deberemos distinguir en los contenidos del Magisterio, es decir, entre *lo que pertenece como núcleo primario y esencial al misterio revelado*, y el orden de *las verdades con él conexas* como presupuestos, o conclusiones especulativas o prácticas de las verdades de la revelada.

Porque la misma revelación, que la Iglesia anuncia y propone para ser creída con fe teologal, contiene ya en sí misma las supremas verdades a contemplar y a afirmar por el cristiano en su profesión de fe, y las normas también divinamente reveladas y promulgadas que son ley divina de la vida cristiana.

El magisterio de la Iglesia se ejerce con autoridad divina y anuncia lo que Dios ha revelado —y según definió el Concilio Vaticano I se ejerce infaliblemente por el Romano Pontífice— en el ámbito de la fe y de las costumbres, *de fide vel moribus*.

Pero en uno y otro ámbitos, en lo referente al misterio a creer y en lo referente a la vida del cristiano conforme a las normas divinas, la Iglesia enseña con autoridad propia, querida e instituida por Dios, no sólo lo contenido en la palabra de Dios escrita o transmitida en la Tradición, o que pertenece al núcleo del mensaje, que se propone como verdad salvífica, para ser creído en la fe divina, por el acto de la virtud teologal de la fe, sino también un conjunto de verdades, especulativas y prácticas, que tienen necesaria conexión con las reveladas.

Este conjunto de verdades, conexas con las que pertenecen a la fe católica, no se distinguen de los misterios de la fe ni por tener carácter «práctico», como si las de la fe sólo fuesen verdades especulativas, ni tampoco porque en ellas el Magisterio no se ejerza por modo infalible.

Por el contrario, la doctrina verdadera acerca de la misión del magisterio y de su infalibilidad, ha de reconocer que el magisterio de la Iglesia puede ejercitarse también de modo infalible y definitivo en el ámbito de estas verdades conexas. Es doctrina común de una teología correcta, prescindiendo de las contemporáneas confusiones y equívocos, esta posibilidad de ejercicio infalible del magisterio eclesiástico en el ámbito de verdades conexas con la revelación, en un cuádruple campo: en las verdades filosóficas que se presuponen como «preámbulos de la fe» a los artículos que han de ser creídos con fe divina; en los juicios singulares sobre «hechos dogmáticos»; en la canonización de los santos y en el de la declaración de lo que pertenece a la ley y al derecho natural.

Quienes no reconozcan la posibilidad de definir dogmáticamente las llamadas «conclusiones teológicas», es decir, lo que no se contiene en la palabra revelada explícita o implícitamente, sino sólo «virtualmente» y por medio del raciocinio teológico, han de incluir además en aquel cuádruple elenco, el de estas «conclusiones teológicas», ya que sobre ellas «puede la Iglesia juzgar infaliblemente». Otros teólogos han afirmado, incluso, que el Magisterio infalible al definir en este campo lo hace ya como proponiendo lo contenido en la revelación

misma, aunque sólo estuviese allí virtualmente, y que por lo mismo lo así definido es verdad dogmática que pertenece al núcleo esencial y a la misión primaria del Magisterio y ha de ser creído con fe teologal como misterio de fe divina y católica. Personalmente me inclino por esta tesis que formuló el P. Marín-Sola; porque no podía ponerse en el ámbito de las verdades conexas la definición del concilio de Florencia referente al misterio trinitario, según el cual, en Dios «todo es uno, donde no obsta la oposición de relación» que, por otra parte, parece que hay que reconocer como sólo virtualmente contenido en la palabra revelada, y alcanzado como conclusión teológica por la vía de la especulación trinitaria de los Santos Padres, especialmente de san Agustín.

En todo caso, recordemos esta doble afirmación: la Iglesia por mandato de Cristo anuncia lo que hay que creer y lo que hay que obrar. Por mandato de Cristo propone la verdad salvífica y también todas aquellas verdades, universales o singulares, teóricas o prácticas, sin cuyo reconocimiento y sin cuyo cumplimiento no se puede realizar adecuadamente ni el acto de fe ni la vida conforme a la misma.

ECCLESIA



lizar adecuadamente ni el acto de fe ni la vida conforme a la misma.

LAS precisiones hasta aquí formuladas nos permiten definir con mayor precisión lo que entendemos por «doctrina social católica». Hay verdades de fe divina y católica referidas a la vida social: tales, por ejemplo, lo que se contiene en la Escritura acerca del origen divino del poder. Pero cuando hablamos de «doctrina social católica», utilizamos esta terminología para significar con ella todo el conjunto de lo que la Iglesia enseña en el ejercicio de su potestad de Magisterio, *en el campo de las verdades conexas* con lo revelado, en lo referente a todas las dimensiones de la vida social humana; y así como en el ámbito de lo revelado, de lo que la Iglesia propone para ser creído con fe teologal, no sólo hay verdades especulativas sino también prácticas, también en este campo de la «doctrina social católica» se proponen por la Iglesia verdades acerca de la naturaleza de las cosas sociales, aunque es importante notar que esta doctrina social tiene en la mayor parte de su contenido y desarrollo el carácter de una enunciación práctica.

Convendrá aclarar aquí también algunos conceptos, que están muy claros en la teología tradicional,

e incluso en el patrimonio filosófico permanentemente válido y específicamente en Aristóteles, y que suelen quedar confusos en nuestros días. Se piensa, a veces, que, porque las acciones humanas son siempre singulares, sólo tienen carácter de «verdad práctica» las decisiones y elecciones particulares realizadas en un concreto aquí y ahora. Pero hay que recordar que toda ley, que tiene, como tal, carácter universal, es una enunciación práctica, imperativa, promulgada para ser realizada en la acción. No sólo el «último juicio práctico», el inmediatamente conexo con la elección singular, sino todo principio imperativo de orden natural o revelado, o puesto por el legislador humano, es también un enunciado práctico. Y no sólo la ley, sino la enunciación a modo de orientación o de exhortación para su cumplimiento, todo cuanto se dice para dar norma y sentido a las elecciones y juicios prácticos singulares pertenece ya al entendimiento práctico.

Distingamos también aquí entre lo que sería un conocimiento o consideración racional especulativa acerca del orden de lo práctico, lo que llamaban los escolásticos lo «especulativamente práctico», de lo que es ya orientado a la acción, aunque sea como norma universal de la misma. Una «filosofía moral», una «filosofía del derecho» pertenecen al orden del conocimiento especulativo, y difieren no sólo de las elecciones singulares, o de los actos jurídicos concretos, sino de las enunciaciones morales «prácticamente-prácticas» de la «teología moral», o de las enseñanzas de un conocimiento práctico del derecho.

Decimos esto para poner en claro que la doctrina social católica es, en su máxima parte, de carácter prácticamente práctico, aunque por lo mismo los documentos que la desarrollan enuncian también verdades de carácter teórico sobre la naturaleza de las sociedades, de las actividades y de las relaciones humanas de que se ocupan. Este carácter «prácticamente práctico», normativo, orientador de la vida social para que en ella se cumpla todo lo que Cristo ha mandado, no implica que no corresponda en cada caso a los sujetos singulares la elección singular prudente que habrá de tener en cuenta, como todo juicio regulado por la virtud del entendimiento práctico que es la prudencia, todas las circunstancias particulares. El juicio de la prudencia, en su dimensión racional deliberativa, tiene por principio primero la norma universal –prácticamente práctica en cuanto a norma– y como conclusión aquel último juicio conexo con la decisión de voluntad que es la «elección».

Un documento pontificio sobre el matrimonio podrá ser orientador y, en sí mismo deberá serlo, para la vida de los fieles, pero sería contra la naturaleza de las cosas tanto lamentar que de él no pueda

nadie concluir una indicación concreta para la elección de aquella con la que quiere establecer el vínculo conyugal, como deducir de este hecho, que responde también a la naturaleza de las cosas, que la doctrina católica carece de contenido prácticamente orientador para la vida del cristiano. Sirva este ejemplo como referencia de algo que se puede proporcionalmente aplicar a todos los contenidos y dimensiones de la enseñanza social del magisterio de la Iglesia.

Aunque la doctrina social católica se contiene por lo general en lo normativo universal, en los principios que deben ser aplicados en lo particular por la prudencia, específicamente por la prudencia del laico cristiano, no cabría negar el derecho de la Iglesia a enunciar también juicios en el orden de las realidades sociales históricas en una aquí y ahora concretas. El papa Pío XII notaba que, puesto que Dios no es nunca neutral ante los acontecimientos humanos ni ante el curso de la historia, tampoco puede serlo la Iglesia; la Iglesia misma juzga si debe o no emitir en lo particular alguna valoración u orientación concreta, e incluso afirmaba aquel gran pontífice que, «cuando la Iglesia habla, cuando juzga los problemas del día, lo hace con la clara conciencia de anticipar, por la virtud del Altísimo, el juicio que Dios mismo, al fin de los tiempos, confirmará y sancionará» es una reafirmación por la enseñanza del papa de aquello del Evangelio: «Lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y lo desatareis en la tierra será desatado en el cielo».

Cuando san Ignacio da sus reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener», da por supuesta la fe, en cuanto virtud teologal por la que creemos el contenido revelado, lo que llaman los teólogos el objeto primario del magisterio. Al recordar que, «depuesto todo juicio debemos tener ánimo aparejado y pronto para en todo obedecer a la verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la nuestra Santa Iglesia jerárquica», no está tratando de los artículos de la fe sino, precisamente, de la aceptación obediente de las normas, orientaciones y juicios dados por la Iglesia para regir nuestra vida. Se advierte claramente esto por el contenido de otra de aquellas reglas, en la que leemos: «debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo y la Iglesia su Esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro que dio los Diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia».

Es indudable que san Ignacio, al aludir a la experiencia humana «lo blanco que yo veo» y contraponerle la necesidad de «creer» que algo es como lo

determina la Iglesia jerárquica, no se refiere a los misterios trascendentes y sobrenaturales que están más allá de nuestra razón y de nuestra sensibilidad, sino que alude en esta Regla a aquello que es contenido del régimen y el gobierno, para la salud de nuestras almas, de nuestros comportamientos para que seamos así dóciles al mismo Espíritu y Señor que dio los Diez Mandamientos. Piensa, pues, san Ignacio en aquello que la Iglesia jerárquica determina en orden a la aplicación de los preceptos divinos, cumpliendo la Iglesia jerárquica aquella misión de enseñar a los hombres a poner en práctica todo lo que Cristo ha mandado.

Insisto en que esta enseñanza prácticamente práctica se mantiene por lo general en las normas universales, pero que no puede el cristiano, alegando su propia responsabilidad y prudencia, negar a la autoridad de la Iglesia el derecho a «determinar» en lo singular, juzgando los problemas del día, lo que sea conducente para el bien de la sociedad cristiana.

Precisamente a estas determinaciones se refiere san Ignacio en la citada Regla. No dudo que a los polacos católicos les podía parecer la realidad de su patria sometida, tras los inicuos repartos, a los imperios ruso, prusiano y austriaco, y del derecho a sus reivindicaciones nacionales, de manera distinta a como la juzgaron los papas. Gregorio XVI, en una encíclica a los obispos polacos, de 9 de junio de 1832, desautorizó claramente la insurrección nacionalista contra Rusia –que apoyó con entusiasmo, por el contrario, el movimiento católico liberal de Lamennais– y León XIII, en 19 de marzo de 1894, adoptaba una clara actitud por la que aconsejaba a los polacos nuevamente la sumisión al imperio de los zares, al del Kaiser alemán y al emperador de Austria. Tal vez, a nosotros, ahora, se nos hace más fácil comprender que el liberalismo nacionalista de los polacos fue, a lo largo de muchas décadas, uno de los impulsos que harían posible, finalmente, con el hundimiento de los zares, el triunfo de la Revolución bolchevique.

TODO lo hasta aquí dicho se refiere a la necesidad de dejar claramente afirmada la misión de la Iglesia, que no podía quedar reducida al solo anuncio de las verdades reveladas sobre la fe y las costumbres, sino que, por la misma naturaleza del orden establecido por Dios, ha de ser competente en este campo «secundario» del Magisterio, es decir, en todo el orden de verdades especulativas y prácticas que es necesario proponer a los hombres para la eficaz custodia de las propias verdades reveladas y para su cumplimiento efectivo por los hombres.

Conviene afirmar con claridad también que todo lo que pertenece a este objeto secundario del Ma-

gisterio, en el que se da siempre autoridad legítima y en el que cabe también ejercicio de la infalibilidad en algunos casos –como son las normas prácticas universales y los juicios singulares que se conexionan necesariamente con la defensa de la fe y la puesta en práctica de los preceptos divinos, como ocurre con los hechos dogmáticos o la santidad de los bienaventurados declarada en la canonización–, se subordina al objeto primario, al contenido revelado y salvífico, y tiene toda su razón de ser en el eficaz conocimiento, defensa y cumplimiento del mensaje divinamente revelado, que es la razón de ser esencial del Magisterio jerárquico.

Esto nos lleva a considerar ahora la doctrina social católica en una nueva perspectiva, la que deriva precisamente de su comparación con el contenido mismo de la fe teológica.

Es evidente que la convicción absoluta de la certeza especulativa y práctica de la doctrina social católica, de la competencia de la Iglesia jerárquica para proponerla y del deber de los fieles católicos de asentir a ella y ponerla en práctica, no podría llevarnos a esperar que se incluyeran en un «símbolo de la fe» o en una profesión propuesta a quienes van a ser bautizados, confirmados u ordenados, afirmaciones sobre «el principio de subsidiariedad» y la necesidad del respeto a los «cuerpos intermedios», o formulaciones sobre la relación entre el derecho de propiedad privada, la función social de la misma, los límites de la intervención del Estado en la vida económico-social, o el derecho de la familia y de la Iglesia a tener iniciativa y libertad en el ámbito de la creación y dirección de escuelas, o de intervención en los medios de comunicación social.

Sobre todo esto hay una doctrina social que es «doctrina católica», pero que no es, evidentemente, «misterio de fe». Todo este conjunto de verdades conexas, así las relativas a presupuestos filosóficos como las que expresan principios prácticos sin cuya observancia se desintegraría la vida cristiana en la sociedad, son de suma importancia para vivir guardando los mandamientos de Cristo, pero en ellos y en los misterios que nos anuncia nuestra Redención por Cristo y nuestra santificación por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, y por el que se ha derramado la caridad en nuestros corazones, está la razón de ser de todo aquello. La fe que es necesaria para nuestra justificación como su primera raíz y fundamento, la profesión de la fe que es necesaria para nuestra salvación, tiene por objeto a Dios mismo que nos ha enviado a su Hijo para nuestra salvación, sólo en cuyo nombre podemos ser salvados.

Quien se dedique con demasiada exclusividad al estudio de la doctrina social católica, pero prácticamente descuidase la meditación y contemplación del misterio de Cristo, correría el peligro de interpretar

el «catolicismo» como una ideología, y la Iglesia católica sólo como una institución social humana y visible. Su opción por lo que la Iglesia ha enseñado en el ámbito de lo «social», es decir, internacional, político, económico, cultural, educativo, perdería tal vez su vital conexión con la «obediencia a la fe». Pero en esta obediencia al Evangelio de que habla el Apóstol está toda la razón de ser de la seriedad e importancia práctica capital de la doctrina católica.

Por lo mismo, está también en la luz de Cristo la posibilidad de captación, en su verdadero sentido, de las enseñanzas sociales de la Iglesia. No me parece injusto reconocer que hemos podido vivir la amarga experiencia de núcleos y grupos para los cuales la insistencia en lo que se vino en llamar, extrañamente, «catolicismo social», ha venido a ser caldo de cultivo de la pérdida de sentido cristiano, lo que les ha conducido a las inmanentizaciones y limitaciones de horizonte e inversiones de sentido que les hace asumir el contradictorio título de «cristianos para el socialismo». Muchos de los católicos liberales del siglo pasado y sus herederos en los movimientos demócrata-cristianos fueron, y son en el fondo, «cristianos para el liberalismo», «cristianos para la democracia» y, en algunos pueblos, «cristianos para el nacionalismo».

Nos conviene a nosotros también examinarnos no viniéramos a ser como quienes «en lo que condenas a los otros a ti mismo te condenas». Porque si es profundamente deformador de la propia fe teológica el orientar la vida como a fin último a finalidades contrarias al mismo orden natural, también sería deformador subordinar la fe al servicio del orden natural, cuya custodia es, desde luego, obligatoria. No se puede asentir correctamente ni poner en práctica debidamente la doctrina social católica sin entenderla y vivirla en la autenticidad de la fe en Cristo y en su gracia, y en la vida sobrenatural del amor a Dios sobre todas las cosas, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas.

Esto me lleva a formular ahora dos puntos de reflexión que personalmente considero importantes para la orientación de nuestra tarea. Me refiero, en primer lugar, al importantísimo aspecto de la propia doctrina social católica, por la que ésta tiene su primer principio y su último fin, cobra su coherencia y sentido profundo, y se hace prácticamente orientadora de nuestra vida, en la contemplación y afirmación de Cristo como Rey universal, al modo como nos invita san Ignacio en sus Ejercicios a contemplarlo.

Mi maestro Ramón Orlandis escribió que la idea de Cristo Rey es el núcleo y la fuerza de todo el cuerpo de doctrina religioso-político-social propuesto al mundo contemporáneo

por el magisterio de la Iglesia. Al iniciar su pontificado, Pío XII aludía a la consagración universal al Sagrado Corazón realizada por León XIII cuarenta años antes, exhortaba a centrar en el culto al Sagrado Corazón de Cristo Rey toda la vida de la Iglesia, y presentaba este culto al Rey de Reyes y Señor de los que dominan como el alfa y la omega de su pontificado.

Todo el movimiento en el que está inserto el congreso que estamos celebrando ha de reconocerse originado en el mismo impulso y actitud que llevó a Jean Ousset a la publicación de su libro *Pour qu'Il régne*. Actuando siempre en nosotros la devoción a Cristo Rey y el anhelo y la esperanza del Reinado de su Corazón Sagrado nos mantendremos siempre en la actitud adecuada para una comprensión y enfoque verdadero y fecundo de la doctrina social católica.

El otro punto al que considero oportuno llevar la atención es el referente al lugar, por decirlo así, que corresponde, en la vida del pueblo de Dios, que es la Iglesia, al estudio y al conocimiento más desarrollado y cultivado de las enseñanzas de la Iglesia en estas materias.

Me tomo la libertad de ejemplificar, también de manera muy concreta, para acertar a expresar más eficazmente una verdad capital que formula santo Tomás de Aquino. Todos conocemos, y yo personalmente tengo la fortuna de conocer, mujeres que no han leído nunca, que no es de esperar que lleguen a hacerlo tampoco en el futuro, la espléndida encíclica *Casti connubii*, de Pío XI, pero que son ejemplares esposas y madres de familia. Reconocer esto no podría llevarnos ni a despreciar el documento pontificio, ni a pensar que no es muy fructífero para el bien de la comunidad cristiana y concretamente para el bien de las familias, el que haya, individual y colectivamente, quien se entregue con asiduidad y perseverancia al estudio de los documentos del magisterio pontificio.

Todas las verdades que desarrollan la enseñanza católica parten, como de su principio, de algo que pertenece ya al depósito de la fe, al objeto primario del Magisterio, y que se propone o debe proponerse a todo fiel ya desde la primera catequesis. Para seguir moviéndose en el ejemplo puesto, recuerdo que la inclusión del matrimonio en la enumeración de los siete sacramentos instituidos por Jesucristo, es el germen del que parte y el fin al que tiende todo lo que la Iglesia enseña o legisla sobre el matrimonio cristiano.

Si pensamos ahora universalmente lo que se ha sugerido en este ejemplo nos daremos cuenta de que un conocimiento sistematizado, detallado y conceptualmente fundamentado, de todo aquello que la Iglesia tiene derecho y misión de proponer para

custodia y puesta en práctica de lo que a la fe cristiana pertenece, es decir, un conocimiento explícito de las verdades conexas con la fe, no lo tienen por lo común la multitud de los fieles cristianos, sino que es algo a lo que sólo una minoría se dedica y consagra.

En definitiva, ninguna verdad «conexa» podría ser considerada entre aquellas que afirmamos ser «de necesidad de medio para la salvación». Aunque sean necesarias para que en cada caso, según las responsabilidades y circunstancias de cada uno, pueda el cristiano cumplir seriamente los divinos preceptos y profesar debidamente aquellas verdades salvíficas.

De aquí que haya que reconocer que es bien de la Iglesia el que surjan entre los católicos, y específicamente entre los laicos, quienes se sientan llamados al estudio y al cultivo de la doctrina social católica. Pero que a la vez ha de reconocer que se trata de una tarea que puede no ser exigible, ni deba esperarse de la universalidad de los hijos de la Iglesia.

Pues bien, he aquí la verdad capital que formula santo Tomás al plantearse la comparación en dignidad y perfección, entre la gracia santificante, la gracia habitual que nos es infundida primeramente en el bautismo y que está destinada universalmente a todos los cristianos, y los «carismas» o gracias dados para el bien de la comunidad a algunos, tales como profecía, el don de obrar milagros, o la palabra de ciencia y de sabiduría en la que brillan los doctores de la Iglesia.

Parece, comienza por objetarse a sí mismo santo Tomás, que lo más común y universal es menos digno y noble, menos perfecto que lo particular y singular. Así, en la naturaleza abunda lo inerte sobre lo viviente en cuanto al número y a la cantidad, pero la vida es más perfecta. En la vida animal son más los irracionales que los racionales, pero el hombre es lo más perfecto en la naturaleza de las cosas visibles.

Parece, pues, que también en el orden de la gracia es más perfecto y noble lo que está destinado a ser participado por pocos, y menos digno aquello a que todos están llamados y que a todos se comunica al incorporarse por el bautismo a la Iglesia.

La respuesta de santo Tomás es clara y decisiva. «*Donde lo menos común se ordena, como a su fin, a lo más común, lo más común es lo más perfecto*». Todos los carismas, y los ministerios y potestades, y los «estados de perfección» constituidos para la práctica de los consejos evangélicos, se ordenan como a su fin a la vida de la gracia santificante. Santo Tomás, en conexión con esto, afirma que la perfección cristiana no consiste sino en el cumplimiento perfecto de los preceptos.

Como afirmó Teresa de Calcuta, la santidad no puede ser entendida como un privilegio ni como un *elitismo*, sino como la obediencia a la vocación universal de todo cristiano.

Si todo carisma, todo estado de perfección, incluso toda potestad y ministerio, han de estar al servicio de la difusión de la gracia santificante por la que gozamos de la adopción de hijos de Dios, también toda tarea de estudio y de difusión de la doctrina social católica ha de servir a la mejor y más fiel práctica de la ley divina, resumida en el doble precepto del amor.

Como toda teología ha de servir a la fe, y el ejercicio de toda potestad a la vida cristiana, y todo carisma —que de suyo no garantiza la salvación eterna— ha de servir a la gracia santificante, así también el estudio y la tarea de difusión de la doctrina social católica ha de considerarse «instrumental» para que, por nosotros mismos y por aquellos a quienes nos sea dado ayudar en esto, vivamos más plenamente en «obediencia a la fe», urgidos por la caridad de Cristo al servicio del Reinado del amor de su Corazón y en esperanza del advenimiento de su Reinado.

Se convierte en una necesidad social, e incluso económica, seguir proponiendo a las nuevas generaciones la hermosura de la familia y del matrimonio, su sintonía con las exigencias más profundas del corazón y de la dignidad de la persona. En esta perspectiva, los estados están llamados a establecer políticas que promuevan la centralidad y la integridad de la familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, célula primordial y vital de la sociedad[112], haciéndose cargo también de sus problemas económicos y fiscales, en el respeto de su naturaleza relacional. (Cap. 4, n.44)

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

Hacia una Civilización del Amor

Los últimos epígrafes del Compendio de la doctrina social de la Iglesia, elaborado por la Comisión Pontificia Justicia y Paz, según el encargo recibido del Santo Padre Juan Pablo II, para exponer de manera sintética, pero exhaustiva, la enseñanza social de la Iglesia, están dedicados a una reflexión sobre la Civilización del Amor. Juan Pablo II había señalado reiteradamente como todos los esfuerzos de los católicos para conseguir que la doctrina social de la Iglesia inspirara la construcción del mundo tenían que ir unidos a la esperanza del reinado del Corazón de Jesús sobre los hombres y sobre el mundo, o lo que es lo mismo, al triunfo de la Civilización del Amor. Esta esperanza es la que puede dar el sentido último de la doc-

trina social de la Iglesia. Desde esta perspectiva hay que interpretar las últimas páginas del Compendio, dedicadas a la Civilización del Amor.

Es de notar por su importancia y significado el último párrafo del Compendio. Es un fragmento del ofrecimiento de santa Teresa del Niño Jesús al Amor Misericordioso. A algunos les podrá parecer sorprendente que, salvando las citas del magisterio de la Iglesia, el único autor posterior a santo Tomás citado por el Compendio sea el de una carmelita descalza. Pero sólo desde la perspectiva en que nos coloca esta cita podremos comprender que para que reine la justicia en el mundo los hombres deberemos entregarnos confiadamente a la misericordia de Dios.

a) La ayuda de la Iglesia al hombre contemporáneo

575 *La sociedad contemporánea advierte y vive profusamente una nueva necesidad de sentido: «Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte».*¹²⁰⁶ Resultan arduos los intentos de satisfacer las exigencias de proyectar el futuro en el nuevo contexto de las relaciones internacionales, cada vez más complejas e interdependientes, y al mismo tiempo menos ordenadas y pacíficas. La vida y la muerte de las personas parecen estar confiadas únicamente al progreso científico y tecnológico, que avanza mucho más rápidamente que la capacidad humana de establecer sus fines y evaluar sus costos. Muchos fenómenos indican, por el contrario, que «en las naciones más ricas, los hombres, insatisfechos cada vez más por la posesión de los bienes materiales, abandonan la utopía de un paraíso perdurable aquí en la tierra. Al mismo tiempo, la humanidad entera no solamente está adquiriendo una conciencia cada día más clara de los derechos inviolables y universales de la persona humana, sino que además se esfuerza con toda clase de recursos por establecer entre los hombres relaciones mutuas más justas y adecuadas a su propia dignidad».¹²⁰⁷

576 *A las preguntas de fondo sobre el sentido y el fin de la aventura humana, la Iglesia responde con el anuncio del Evangelio de Cristo, que rescata*

*la dignidad de la persona humana del vaivén de las opiniones, asegurando la libertad del hombre como ninguna ley humana puede hacerlo. El Concilio Vaticano II indica que la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo consiste en ayudar a cada ser humano a descubrir en Dios el significado último de su existencia: la Iglesia sabe bien que «sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los alimentos terrenos».*¹²⁰⁸ Sólo Dios, que ha creado el hombre a su imagen y lo ha redimido del pecado, puede ofrecer a los interrogantes humanos más radicales una respuesta plenamente adecuada por medio de la Revelación realizada en su Hijo hecho hombre: el Evangelio, en efecto, «anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes, que derivan en última instancia, del pecado; respeta santamente la dignidad de la conciencia y su libre decisión; advierte sin cesar que todo talento humano debe redundar en servicio de Dios y bien de la humanidad; encomienda, finalmente, a todos a la caridad de todos».¹²⁰⁹

b) Recomenzar desde la fe en Cristo

577 *La fe en Dios y en Jesucristo ilumina los principios morales que son «el único e insustituible fundamento de estable tranquilidad en que se apoya el orden interno y externo de la vida privada y*

1206. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 41: AAS 58 (1966) 1059.

1207. Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 451.

1208. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 41: AAS 58 (1966) 1059.

1209. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 41: AAS 58 (1966) 1059- 1060.

*pública, que es el único que puede engendrar y salvaguardar la prosperidad de los estados».*¹²¹⁰ La vida social se debe ajustar al designio divino: «La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana».¹²¹¹ Ante las graves formas de explotación y de injusticia social «se difunde y agudiza cada vez más la necesidad de una radical renovación personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia. Ciertamente es largo y fatigoso el camino que hay que recorrer; muchos y grandes son los esfuerzos por realizar para que pueda darse semejante renovación, incluso por las causas múltiples y graves que generan y favorecen las situaciones de injusticia presentes hoy en el mundo. Pero, como enseñan la experiencia y la historia de cada uno, no es difícil encontrar, en el origen de estas situaciones, causas propiamente “culturales”, relacionadas con una determinada visión del hombre, de la sociedad y del mundo. En realidad, en el centro de la *cuestión cultural* está el *sentido moral*, que a su vez se fundamenta y se realiza en el *sentido religioso*».¹²¹² También en lo que respecta a la «cuestión social» se debe evitar «la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!* No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste».¹²¹³

c) Una esperanza sólida

578 *La Iglesia enseña al hombre que Dios le ofrece la posibilidad real de superar el mal y de alcanzar el bien.* El Señor ha redimido al hombre, lo ha rescatado a *caro precio* (cf. 1 Co 6,20). El sentido y el fundamento del compromiso cristiano en el mundo derivan de esta certeza, capaz de *encender la esperanza*, a pesar del pecado que marca profunda-

1210. Pío XII, Carta enc. *Summi pontificatus*: AAS 31 (1939) 425.

1211. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 55: AAS 83 (1991) 860-861.

1212. Juan Pablo II, Carta enc. *Veritatis splendor*, 98: AAS 85 (1993) 1210; cf. Id., Carta enc. *Centesimus annus*, 24: AAS 83 (1991) 821-822.

1213. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 29: AAS 93 (2001) 285.

mente la historia humana: la promesa divina garantiza que el mundo *no permanece encerrado en sí mismo, sino abierto al Reino de Dios*. La Iglesia conoce los efectos del «misterio de la impiedad» (2 Ts 2,7), pero sabe también que «hay en la persona humana suficientes cualidades y energías, y hay una “bondad” fundamental (cf. Gn 1,31), porque es imagen de su Creador, puesta bajo el influjo redentor de Cristo, “cercano a todo hombre”, y porque la acción eficaz del Espíritu Santo “llena la tierra” (Sb 1,7)».¹²¹⁴

579 *La esperanza cristiana confiere una fuerte determinación al compromiso en campo social, infundiendo confianza en la posibilidad de construir un mundo mejor, sabiendo bien que no puede existir un «paraíso perdurable aquí en la tierra».*¹²¹⁵ Los cristianos, especialmente los fieles laicos, deben comportarse de tal modo que «la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social. Se manifiestan como hijos de la promesa en la medida en que, fuertes en la fe y en la esperanza, aprovechan el tiempo presente (cf. Ef 5,16; Col 4,5) y esperan con paciencia la gloria futura (cf. Rm 8,25). Pero no escondan esta esperanza en el interior de su alma, antes bien manifiéstena, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y en un forcejeo con *los dominadores* de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos (Ef 6,12)».¹²¹⁶ Las motivaciones religiosas de este compromiso pueden no ser compartidas, pero las convicciones morales que se derivan de ellas constituyen un punto de encuentro entre los cristianos y todos los hombres de buena voluntad.

d) Construir la «Civilización del Amor»

580 *La finalidad inmediata de la doctrina social es la de proponer los principios y valores que pueden afianzar una sociedad digna del hombre. Entre estos principios, el de la solidaridad en cierta medida comprende todos los demás: éste constituye «uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política».*¹²¹⁷

Este principio está iluminado por el primado de la caridad «que es signo distintivo de los discípulos

1214. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 47: AAS 80 (1988) 580.

1215. Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 451.

1216. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 35: AAS 57 (1965) 40.

1217. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 10: AAS 83 (1991) 805-806.

de Cristo (cf. Jn 13,35)». ¹²¹⁸ Jesús «nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor» ¹²¹⁹ (cf. Mt 22,40; Jn 15,12; Col 3,14; St 2,8). El comportamiento de la persona es plenamente humano cuando nace del amor, manifiesta el amor y está ordenado al amor. Esta verdad vale también en el ámbito social: es necesario que los cristianos sean testigos profundamente convencidos y sepan mostrar, con sus vidas, que el amor es la única fuerza (cf. 1 Co 12,31-14,1) que puede conducir a la perfección personal y social y mover la historia hacia el bien.

581 *El amor debe estar presente y penetrar todas las relaciones sociales:* ¹²²⁰ especialmente aquellos que tienen el deber de proveer al bien de los pueblos «se afanan por conservar en sí mismos e inculcar en los demás, desde los más altos hasta los más humildes, la caridad, señora y reina de todas las virtudes. Ya que la ansiada solución se ha de esperar principalmente de la caridad, de la caridad cristiana entendemos, que compendia en sí toda la ley del Evangelio, y que, dispuesta en todo momento a entregarse por el bien de los demás, es el antídoto más seguro contra la insolvencia y el egoísmo del mundo». ¹²²¹ Este amor puede ser llamado «caridad social» ¹²²² o «caridad política» ¹²²³ y se debe extender a todo el género humano. ¹²²⁴ El «amor social» ¹²²⁵ se sitúa en las antípodas del egoísmo y del individualismo: sin absolutizar

1218. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 40: AAS 80 (1988) 568.

1219. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 38: AAS 58 (1966) 1055-1056; cf. Id., Const. dogm. *Lumen gentium*, 42: AAS 57 (1965) 47-48; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 826.

1220. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1889.

1221. León XIII, Carta enc. *Rerum novarum: Acta Leonis XIII*, 11 (1892) 143; cf. Benedicto XV, Carta enc. *Pacem Dei*: AAS 12 (1920) 215.

1222. Cf. Sto. Tomás de Aquino, QD *De caritate*, a. 9, c; Pío XI, Carta enc. *Quadragesimo anno*: AAS 23 (1931) 206-207; Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 410; Pablo VI, *Discurso en la sede de la FAO* (16 de noviembre de 1970), 11: AAS 62 (1970) 837-838; Juan Pablo II, *Discurso a los Miembros de la Pontificia Comisión «Iustitia et Pax»* (9 de febrero de 1980), 7: AAS 72 (1980) 187.

1223. Cf. Pablo VI, Carta ap. *Octogesima adveniens*, 46: AAS 63 (1971) 433-435.

1224. Cf. Concilio Vaticano II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 8: AAS 58 (1966) 844-845; Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 44: AAS 59 (1967) 279; Juan Pablo II, Exh. ap. *Christifideles laici*, 42: AAS 81 (1989) 472-476; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1939.

1225. Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptor hominis*, 15: AAS 71 (1979) 288.

la vida social, como sucede en las visiones horizontalistas que se quedan en una lectura exclusivamente sociológica, no se puede olvidar que el desarrollo integral de la persona y el crecimiento social se condicionan mutuamente. El egoísmo, por tanto, es el enemigo más deletéreo de una sociedad ordenada: la historia muestra la devastación que se produce en los corazones cuando el hombre no es capaz de reconocer otro valor y otra realidad efectiva que los bienes materiales, cuya búsqueda obsesiva sofoca e impide su capacidad de entrega.

582 *Para plasmar una sociedad más humana, más digna de la persona, es necesario revalorizar el amor en la vida social –a nivel político, económico, cultural–, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción.* Si la justicia «es de por sí apta para servir de “árbitro” entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos “misericordia”), es capaz de restituir el hombre a sí mismo». ¹²²⁶ No se pueden regular las relaciones humanas únicamente con la medida de la justicia: «El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que Él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es *la forma más alta y más noble de relación* de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana, extendiéndose igualmente al orden internacional. Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera». ¹²²⁷ En este sentido, el Magisterio recomienda encarecidamente la solidaridad porque está en condiciones de garantizar el bien común, en cuanto favorece el desarrollo integral de las personas: la caridad «te hace ver en el prójimo a ti mismo». ¹²²⁸

583 *Sólo la caridad puede cambiar completamente al hombre.* ¹²²⁹ Semejante cambio no significa anular la dimensión terrena en una espiritualidad desencarnada. ¹²³⁰ Quien piensa conformarse a la vir-

1226. Juan Pablo II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 14: AAS 72 (1980) 1223.

1227. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2004*, 10: AAS 96 (2004) 121; cf. Id., Carta enc. *Dives in misericordia*, 14: AAS 72 (1980) 1224; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2212.

1228. San Juan Crisóstomo, *Homilia De perfecta caritate*, I, 2: PG 56, 281-282.

1229. Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 49-51: AAS 93 (2001) 302-304.

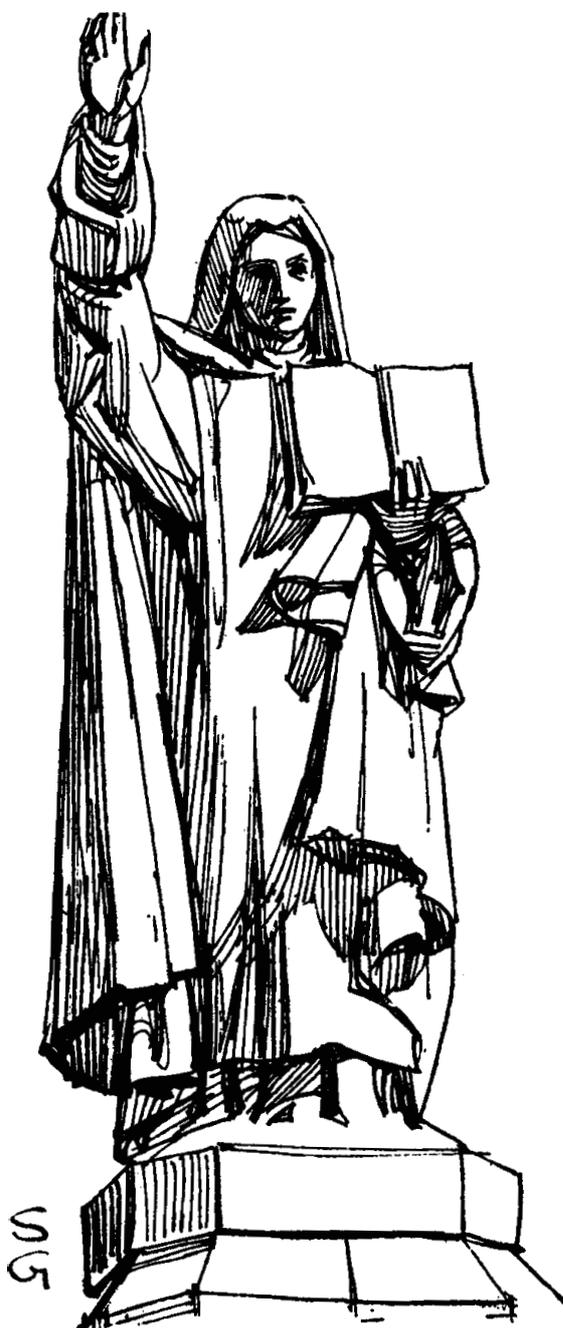
1230. Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 5: AAS 83 (1991) 798-800.

tud sobrenatural del amor sin tener en cuenta su correspondiente fundamento natural, que incluye los deberes de la justicia, se engaña a sí mismo: «La caridad representa el mayor mandamiento social. Respeta al otro y sus derechos. Exige la práctica de la justicia y es la única que nos hace capaces de ésta. Inspira una vida de entrega de sí mismo: “Quien intenta guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará” (Lc 17,33)». ¹²³¹ Pero la caridad tampoco se puede agotar en la dimensión terrena de las relaciones humanas y sociales, porque toda su efi-

1231. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1889.

cia deriva de la referencia a Dios: «En la tarde de esta vida, compareceré delante de ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo...». ¹²³²

1232. Sta. Teresa del Niño Jesús, *Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios. Oraciones: Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1998, p. 758, citado en: *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2011.



El Corazón de Cristo y el Corazón maternal de María unido al de Jesús, en los escritos de santa Gertrudis de Helfta

GUILLERMO PONS PONS

Un esclarecido monasterio de Sajonia

LA abadía de monjas cistercienses de Helfta en la alta Sajonia fue en el siglo XIII un emporio de sabiduría y de espiritualidad. Aún pueden verse sus ruinas en ese país en el que dos siglos después transcurriría la existencia de Lutero y en el que iba a arraigar el protestantismo; pero en él no han podido borrarse las huellas de un maravilloso florecimiento de la mística que había germinado en los surcos de la orden del Císter y que se iba a difundir por todos los pueblos de la Cristiandad occidental.

El monasterio de Helfta fue fundado por una abadesa de familia señorial, Gertrudis de Hackeborn (†1291). Ella dio a su fundación una destacada impronta religiosa y cultural que la hizo florecer por su acendrada espiritualidad y por su alto nivel en cuanto a sabiduría y arte. En su iglesia se desarrollaba el culto litúrgico con un primoroso espíritu devoto y contemplativo. En su biblioteca y escritorio las monjas conseguían familiarizarse con los autores clásicos y con los Santos Padres, a la vez que se ejercitaban en la copia de obras antiguas y en la composición de escritos originales, así como en la ejecución de primorosas miniaturas, de artísticas letras capitales y de una impecable caligrafía. La música y el canto también ocupaban un lugar importante entre las esencias más apreciadas por aquella comunidad monástica femenina, en la que también se valoraba mucho la belleza del paisaje y de la naturaleza que circundaban el monasterio.

Estas monjas cistercienses aprendían a apreciar y a saber unir armoniosamente los dones de la naturaleza y de la gracia, todos ellos provenientes de Dios, a la vez que, por lo general, procuraban establecer la debida jerarquía entre esos valores. Más de un centenar eran las religiosas del monasterio y el ámbito en el que se desarrollaba su existencia les era favorable para mantener un adecuado equilibrio mental y para encaminarse hacia una vida que aspirara a una auténtica santidad.

Durante la vida de la fundadora, en la segunda mitad del siglo XIII, florecieron en Helfta tres religiosas que han sido reconocidas oficialmente como santas y que con sus escritos ejercieron un notable

influjo en la espiritualidad de la Edad Media e incluso en tiempos posteriores. Una es santa Matilde o Mectildis de Hackeborn (†1299), hermana de la fundadora. Ella, según parece, es la que fue introducida por Dante en el canto 28º del *Purgatorio*, en su *Divina Comedia*, como guía que después de haber recorrido el poeta *la montaña de los siete círculos*, o sea, el purgatorio, le va conduciendo y orientando en su visita al paraíso terrenal.¹ La segunda de estas santas es Matilde de Magdeburgo (†1283), cuyas poesías consideran los críticos literarios como joyas preciosas de la lengua sajona medieval. Finalmente, la tercera de las canonizadas es santa Gertrudis (†1302), a la que se denomina *la Magna*, y que a veces ha sido confundida con la fundadora, pero ciertamente no es la misma, sino la gran escritora mística, de quien aquí nos ocupamos y que, siendo aún niña, en 1261 entró como huérfana en el monasterio de Helfta.

Santa Gertrudis de Helfta

Los datos que conocemos acerca de santa Gertrudis derivan de lo que ella misma consigna en sus escritos. Había nacido en el día de la Epifanía, pero desconocemos el año exacto de su nacimiento. Habiéndose educado en el monasterio desde su infancia, pasó por una época de cierta tibieza espiritual a causa de su excesivo apego a la literatura clásica latina hacia la que sentía una impulsiva inclinación que la desviaba de una vida espiritual como su vocación demandaba.

Hacia los veinticinco años de su edad, en 1281, salió de esa crisis con el acontecimiento que ella denomina su conversión, ocurrida a raíz de una visión en la que contempló a Jesús con semblante de un adolescente, gracias a lo cual se sintió llamada a renunciar a todas sus aficiones literarias y a seguir llena de gozo y con plena fidelidad el camino emprendi-

1. Véase también el último canto del *Purgatorio*, donde por una alusión de Beatriz se desvela que el nombre de la «hermosa dama» es el de Matilde.



Santa Gertrudis de Helfta

do con su profesión religiosa. Contó también para ello con la valiosa dirección de su maestra espiritual santa Matilde de Hackeborn. Desde entonces la ruta de Gertrudis fue de una generosa entrega, de una ascensión constante y de una comunicación gozosa de su experiencia mística a favor de quienes recibirían a través de sus escritos un ferviente impulso de acercamiento a la vida espiritual.

Sus obras se conocen con estos títulos: *Legado de la divina gracia*, *Ejercicios espirituales* y *Cántico espiritual*. Esta última desgraciadamente se ha perdido. El *Legado* consta de cinco libros y un prólogo. En la primera de estas cinco partes de la obra y que fue la última en ser redactada, se contiene una detallada descripción de la espiritualidad de la santa y probablemente fue escrita por una secretaria o amanuense a base de las confidencias y relatos de Gertrudis. La segunda parte, que es la primera que escribió la autora, es un relato tierno y emocionado de los favores que el Señor le había concedido. La tercera consiste en instrucciones espirituales; la cuarta es de carácter litúrgico y enseña cómo relacionarse con Dios a través de las celebraciones y festividades del año; la última trata de las revelaciones recibidas por ella a favor de otras almas.

Santa Gertrudis, siguiendo a su maestra santa

Matilde, desveló los misterios del amor de Cristo a través de la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús, entendida como una inmersión del alma en el amor de Cristo, mediante el simbolismo de su corazón, como centro e íntima expresión de la naturaleza humana asumida por el Verbo divino en su encarnación. He aquí algunas palabras, ardientes y colmadas de amor que la santa pone en boca de Jesús: «Quien me entregue su amor, será unido a mí con los vínculos de las bodas espirituales, será amado por mí con infinito amor. Yo le enseñaré el cántico de las vírgenes, cuyo ritmo tiene tanta dulzura, esposa mía, que arrebatara el alma y la encadena con lazos perfumados. Mi gracia lo hará participante de la naturaleza divina; yo lo guardaré entre los brazos de mi ternura, y lo estrecharé contra el corazón de mi divinidad, de suerte que se derrita como cera en el fuego de mi sublime amor. Si quieres ser mía, paloma de mi amor, ámame tiernamente, fuertemente, sabiamente, para que puedas gustar mis dulzuras».²

La Asunción de María al cielo

LA orden del Císter ha celebrado siempre con especial solemnidad la fiesta de la Asunción de la Virgen María. Santa Gertrudis ha expresado en muchos pasajes del cuarto libro de su obra *Legado de la divina gracia*, su devoción y sus experiencias místicas en torno a este misterio. Así describe, hablando en tercera persona, cómo el día de esa fiesta contempló la Asunción de Nuestra Señora:

Cuando ella (Gertrudis) asistía con particular devoción a la hora de Nona, cuando según nuestros estatutos comienza la fiesta de la Asunción, gracias a una luz divina, alcanzó a conocer que, en la vigilia de su dichosa Asunción, la bienaventurada Virgen, hacia la hora de Nona, de tal manera quedó absorta en Dios que, dejado todo aquello que pertenecía a la criatura mortal, gustaba ya un prelude de la vida celeste, no viviendo sino gracias a la acción del Espíritu de Dios. María permaneció así hasta la hora tercera de la noche cuando ella se postró ante el Señor toda adornada de sus virtudes y sin el más pequeño remordimiento de conciencia. De esta manera se entregó en brazos del Señor y vino a ser como un solo espíritu con Él: así penetró en el imperio de la bienaventuranza misma de la divinidad.³

La muerte o dormición de la Virgen y su entrada triunfal en el cielo son contempladas por Gertrudis

2. J. PÉREZ DE URBEL, *Semblanzas benedictinas*, 1º, Madrid 1925, pp. 389-390.

3. *Legado de la divina gracia*, 4, 48: TMSM (*Testi mariani del secondo millennio*) 5, Città Nuova, Roma 1996, p. 433.

como el solemne desarrollo de un oficio litúrgico lleno de esplendor y de gozo celestial:

Todos los santos, formando una magnífica procesión, se situaron ante el trono virginal de la gloriosa Madre y en armonioso conjunto cantaron los cuatro responsorios *Gaude Regina*. La ensalzaban por ser ella la poderosa Reina gracias a la cual el resplandor de la luz eterna brilla ya sobre ellos; la alababan también porque ella iba a ser pronto la dignísima Reina del cielo y de la tierra; porque era en verdad la más bella de todas las vírgenes, con el esplendor de sus virtudes y la perfección de la gracia que en ella se encuentran; porque con la abundancia de su misericordia, ella con ternura maternal acude a todas las necesidades de las criaturas humanas y será su gloria eterna, ya que con sus méritos lleva a la plenitud el gozo de todos los santos.

Entonces los coros de los ángeles, avanzando con solemnidad, cantaron el versículo *Fac nos letari*, como si quisieran llamarla a aquella gloria que debía seguir a su muerte; y todos los santos añadieron el *Gloria Patri* por todas las gracias que la Virgen bienaventurada ha recibido en su cuerpo y en su alma. Las antífonas y los salmos que luego siguieron los cantó la asamblea de los santos y causaron una impresión maravillosa. Al quinto responsorio fue la excelsa Virgen en persona quien de pie y con un transporte de gozo y de gratitud cantó: *Beatam me dicent omnes generationes*.

Finalmente esta alma santísima y bendita por encima de todas las criaturas, liberada de la carne y con gran ternura tendida sobre los brazos del Hijo y gozando de los besos del Esposo, con una incomparable unión se sumergió en la fuente de esta incomparable bienaventuranza infinita, de la cual no saldrá ya jamás.⁴

El Corazón de María unido al Corazón de Jesús

EN la espiritualidad vivida y enseñada por santa Gertrudis la devoción a los corazones de Jesús y de María se halla como plenamente fundida y enlazada. Además, la amorosa relación entre Cristo y su Madre es vista como un afectuoso intercambio de coloquios y de súplicas. A veces se presenta a Jesús mismo como implorando de su Madre a modo de un favor el que atienda a las necesidades de algún alma o a una determinada situación. Todo eso se ha de entender como la expresión de esa íntima y admirable unión de corazones y de afectos entre Madre e Hijo.

En cierta ocasión Gertrudis presentaba a Jesús la súplica de que pidiera a su benignísima Madre que no tuviera en cuenta las negligencias de su sierva en relación con la Madre celestial. Entonces le pareció

4. *Legado de la divina gracia*, 4, 31: TMSM, 5, 436.

a la santa escuchar estas palabras de Jesús a su gloriosa Madre, recordándole las inefables gracias a ella concedidas, y la unión de sus corazones:

Mira, oh Madre amantísima: Te ofrezco mi corazón, que sobreabunda de toda bienaventuranza, y en él te presento todo aquel afecto divino con el que, desde toda la eternidad, te he predestinado gratuitamente y con preferencia a cualquier otra criatura; te he creado y te he santificado; te he escogido por Madre con una especialísima ternura; en ese corazón te ofrezco también toda la dulzura y benignidad con que te acariciaba en la tierra, cuando era niño; tú me dabas calor sobre tu pecho y me dabas tu leche; toda aquella fidelidad que después, todo el tiempo que he morado entre los hombres, te he manifestado con filial afecto, cuando en todo estaba sometido a ti como un hijo a su propia madre (Lc 2, 51), aun cuando era yo soberano del cielo. Sobre todo en la hora de mi muerte, cuando casi olvidándome de mis propios sufrimientos y compadeciéndome profundamente de tu desolación y de tu congoja, te he procurado un custodio e hijo en lugar mío (Jn 19, 26); te ofrezco además el amor de aquella inestimable dignación con la que en el día de tu gloriosísima Asunción te he elevado por encima de todos los coros de los ángeles y de los santos, constituyéndote Señora y Reina del cielo y de la tierra.⁵

Esta exposición viene a manifestar que en el Corazón de Cristo se encierran en verdad «la plenitud de la bondad y del amor», así como «la fuente de todo consuelo». ⁶ En otra ocasión Gertrudis contempló a María reposando deliciosamente sobre el pecho de su amado Hijo, el cual depositaba en el corazón de su Madre los frutos de virtud que ella poseía, habiéndolos antes colocado dentro de su propio corazón, de modo que pasando por el Corazón divino, estos frutos habían adquirido como un valor infinito y venían a ser semejantes a las rosas y a los lirios de los valles que cubrían de belleza y frescor a la Reina del cielo.⁷

El manto de la Virgen

UN tema pictórico mariano divulgado a partir del siglo XIV, pero cuyo auge se hace notar en el XV, aunque perdura hasta tiempos muy posteriores, es aquel en que se representa a María con un gran manto que se extiende ampliamente y bajo el cual se amparan numerosas personas.⁸ Es sig-

5. *Legado de la divina gracia*, 5, 31: TMSM 4, 437.

6. Cf. *Letanías del Sagrado Corazón*.

7. *Legado de la divina gracia*, 4, 48: TMSM, 4, 435-436.

8. Véase el interesante trabajo de GABRIEL LLOMPART, «La Virgen del manto en Mallorca», *Analecta Sacra Tarraconensia*, 34 (1961) 263-303.

nificativo el que ese tema aparezca ya en los escritos de santa Brígida, en el siglo XIII, como derivado de sus visiones místicas. Viene a ser una manifestación de que la bondad maternal de Nuestra Señora es como una consecuencia evidente de su corazón compasivo y amoroso que ampara a quienes se acogen a su solicitud de madre y que incluso se manifiesta con quienes se han desviado del buen camino.

Asistiendo Gertrudis a la misa de la vigilia de la Asunción de María y prestando especial atención a las palabras de la oración llamada colecta que dicen: *ut sua nos defensione munitos* (que fortalecidos nosotros con su defensa), tuvo una visión que relata, en tercera persona, con estas palabras:

Vio a la Madre de bondad extender su propio manto como para acoger bajo su protección a todos aquellos que se refugiaban bajo su patrocinio. En ese momento llegaron los santos conduciendo ante la Virgen Madre a todas las personas que se habían preparado para esta fiesta con ejercicios y plegarias especiales. Estas personas se asemejaban a hermosas jovencitas e iban a sentarse respetuosamente ante la bienaventurada Virgen, como hijas ante su madre. Ellas estaban rodeadas de santos ángeles que las defendían de las insidias de sus enemigos y les estimulaban a obrar bien. Ella [Gertrudis] comprendió que la protección de los santos ángeles les venía otorgada como respuesta a la petición de la colecta.⁹

A continuación se produjo en la visión otra escena que expresaba la protección de la Virgen también hacia los pecadores:

Vio después unos pequeños animales de diversas especies, que corrían como para situarse bajo el manto de la Virgen Madre. Estos animales representaban aquellos pecadores que cultivaban una devoción especial hacia la Madre de las misericordias. Esta divina Madre les acogía con bondad; les protegía bajo su manto; les acariciaba con su dulce mano, como se acaricia a un perrito. Con eso manifestaba su misericordia hacia quienes le invocan, y de qué manera su bondad maternal les protege hasta que les haya conducido a un verdadero arrepentimiento y los reconcilie con su Hijo, porque ellos siempre han puesto en ella su esperanza, a pesar de sus pecados.¹⁰

9. *Legado de la divina gracia*, 4, 48: TMSM, 432.

10. *Ibid.* Id.



Piero della Francesca: *Virgen de la Misericordia*

El 17 de noviembre de 1302, día del tránsito de santa Gertrudis, tuvo ella la experiencia mística de que su alma era colocada por Jesús dentro de su sagrado Corazón para llevarla a las moradas del cielo. Las expresiones con que ella reviste los dones espirituales a veces, de primer momento, pueden causar extrañeza, pero cuando se comprende su estilo y la hondura de su piedad llenan de admiración. El filósofo Leibniz decía: «Yo recojo ávidamente las excelentes y altísimas ideas que ella derrama sobre cuestiones de la más capital importancia».¹¹

11. J. PÉREZ DE URBEL, *op. cit.*, pp. 396-397.

Se ha de considerar equivocada la visión de quienes piensan que la economía de mercado tiene necesidad estructural de una cuota de pobreza y de subdesarrollo para funcionar mejor.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*

Homilía en el funeral de Albert Prevosti Vives

El 27 de este mes de septiembre falleció en Barcelona, a los 15 años de edad, Albert Prevosti Vives, miembro de Schola Cordis Iesu, colaborador, como informático, en la difusión de CRISTIANDAD, e hijo del presidente de Schola Cordis Iesu, Antoni Prevosti Monclús. Ésta es la homilía que pronunció su hermano Xavier, hnssc, en la Misa funeral celebrada el día 30. Pidámosle que desde el cielo proteja a Schola y a esta revista.

Queridos padres, hermanos, familiares y amigos. Es mi segundo funeral como sacerdote. Y si siempre es difícil hallar la palabras de consuelo adecuadas, mucho más lo es hoy. Pero, la Misa nos infunde una santa paz y una serenidad interior. Y las palabras de Jesús nos confortan y nos animan a alzar la mirada hacia el cielo y a confiar en Jesús. Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

Albert, que la mañana del domingo había confesado y comulgado, nos dejó por la tarde para ir al encuentro de Jesús. Ahora le contempla cara a cara y goza de la alegría de Dios.

Pero, como explicaba el doctor Canals, «en el cielo, los santos no descansan; están esperándonos desde las puertas diciendo: que vengan, que vengan». Y así está Albert, esperando a todos los que ama.

«Que vengan los amigos del colegio.» Porque por ellos estaba últimamente muy preocupado. Ya sabéis que era muy alegre y que le gustaba estar con los amigos, pero le preocupaba que las diversiones se convirtieran en ofensas a Dios. Por eso rezaba especial e intensamente por vosotros. Permitidme que os lea de nuevo una oración que compuso en abril, al final de unos ejercicios espirituales:

«Te doy gracias, Señor, por todos los dones recibidos en estos Ejercicios.

Te pido gracia para alegrarme y gozarme intensamente

de tanta gloria y gozo tuyo.

Señor, que se haga en mí tu voluntad y no la mía.

Te pido, Señor, por la conversión de mis compañeros de clase, para que conozcan tu inmensa bondad y te amen.

Y si su conversión tiene que ser a través mío, te pido que el Espíritu Santo me ilumine y me dé fuerzas para hablarles

de Dios cuando sea necesario.

Ayúdame, Señor, a ser más humilde y sencillo.

Ayúdame a ser como un niño».

Con su muerte, Albert os habla de Dios con fuerza y penetra en vuestro corazón. Y os dice que os quiere y que os espera en la casa del Padre. Que él

os muestre, pues, el camino que conduce al Cielo, el camino del Amor de Jesús.

Desde el Cielo, Albert –como miembro de Schola Cordis Iesu– también intercede por todos nosotros. Pensábamos en él como un buen colaborador de Schola, y le habíamos encomendado la página web de *Cristiandad*. Con nuestro padre le estábamos preparando para que se fuera formando en la verdad. Había leído la *Ética a Nicómaco* y ya pensaba en comenzar la *Física* o el *De anima*, de Aristóteles. Pero el Corazón de Jesús ha querido introducirlo a fondo en la escuela de su Amor. Y desde allí, con la Schola celestial, velará y nos ayudará a toda la Schola de la tierra para que trabaje por el Reino de Cristo. E intercederá para que entremos más y más en el Amor del Corazón de Jesús.

Pero, ahora que ya ve a Gemma cara a cara, vela especialísimamente por nuestra familia. Por los abuelos, tíos, primos y familiares todos. Y muy particularmente, nosotros, padres y hermanos, tenemos ahora dos ángeles en el Cielo, que harán todo lo imposible para que ninguno de nosotros se pierda en el Camino que conduce a la gloria.

Cuando Gemma murió, alguien dijo que Jesús se había llevado la flor más bella del jardín de nuestra familia. Hoy, de nuevo, Jesús ha llamado a una flor de nuestro jardín precioso; y una de las más bellas. Porque Jesús escoge a los limpios de corazón. Y felices ellos, porque verán a Dios. Albert era noble y limpio de corazón y Jesús le amaba demasiado para dejarle en la tierra.

Somos una familia cristiana; por eso estamos señalados con el signo del cristiano: el signo de la cruz. Podemos llorar todo lo que queramos en este destierro, pero alegrémonos internamente y tengamos paz interior, porque la cruz es el camino de la resurrección y la vida. Tengamos, pues, confianza en la Bondad de Dios.

Y mientras tanto, mientras caminamos en este valle de lágrimas, suspiremos gimiendo y llorando a la Virgen María, nuestra Madre, que vuelva hacia nosotros sus ojos misericordiosos, y después de este destierro nos muestre a Jesús.

Que así sea.

La colina de las cruces

NICOLÁS ECHAVE, SDB

El pacto de la ignominia

HACE setenta años, el mundo asistió, atónito, a uno de los acontecimientos más sorprendentes del siglo: la firma de un «pacto de no agresión» germano-soviético en Moscú. Fue el 23 de agosto de 1939. Las cámaras registraron para la posteridad los rostros eufóricos de Stalin, Molotov, Ribentrop... Stalin brindó con champaña: «Sé que la nación alemana ama mucho a su Führer. Por eso me gusta beber a su salud». Unos días después, las tropas del dictador germano iniciaban el asalto a Polonia y comenzaba la segunda guerra mundial.

Tardó un cierto tiempo en saberse que el «pacto», con una validez de diez años, incluía un protocolo secreto en el que se delimitaban las «zonas de influencia» de la Alemania de Hitler y de la Rusia de Stalin, a expensas de los pueblos de Europa oriental. Los hechos no tardaron en confirmar la existencia de este protocolo, aunque los dirigentes de la URSS negaron siempre su existencia.

En realidad, los protocolos secretos fueron tres: el del 23 de agosto, que constituyó la base de los otros dos y que atribuía a la URSS, Polonia oriental, Estonia, Letonia y Besarabia; el del 28 de septiembre, en virtud del cual Alemania cedía casi toda Lituania y obtenía, a cambio, un nuevo trozo de Polonia (la provincia de Lublin y una parte de la provincia de Varsovia), y el protocolo del 10 de enero de 1941, por el cual Alemania renunciaba al sector de Lituania, que había obtenido en 1939, a cambio de compensaciones económicas importantes.

El pacto de la llamada no agresión de agosto de 1939 fue, en realidad, una verdadera alianza política y económica que duró cerca de dos años, desde agosto de 1939 hasta junio de 1941. Esta alianza permitió a Hitler consagrar todas sus fuerzas a la conquista y ocupación de Francia, Holanda, Bélgica..., y disponer de una ayuda económica, sobre todo en materias primas, que le fue muy útil para contrarrestar los efectos del bloqueo marítimo británico.

La resistencia báltica

LA anexión soviética de Estonia, Letonia y Lituania, bajo el burdo disfraz de «*mutua asistencia*», suscitó muy pronto las primeras organizaciones de resistencia: «*los hermanos de la floresta*». Los rusos respondieron: el 14 de junio

de 1941, tras un decreto del Comité Central del PCUS, se inició la etapa de las deportaciones de exponentes políticos no comunistas. Oficiales, propietarios, y empleados estatales, con sus respectivas familias, fueron enviados a Siberia. Esta acción incrementó la resistencia partisana. A ella siguió la reacción soviética con la crucifixión en Lituania de docenas de sacerdotes, martirio que se recuerda aún como «*el día del holocausto*».

Con la agresión alemana a la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, se volvieron a barajar las cartas. La resistencia báltica se encontró, paradójicamente, al lado de los alemanes, corresponsables del fin de su libertad.

La contraofensiva soviética devolvió los Países Bálticos al Ejército Rojo en 1944.

La Colina de las Cruces

UBICADA a 13 km al nordeste de la ciudad de Siauliai, se presenta a los visitantes una modesta altura sobre la cual se amontonan, una sobre otra, en una selva impresionante, una gran cantidad de cruces clavadas sobre el terreno o colgadas a las más grandes.

La tradición de poner cruces en este sitio se remonta al resurgimiento nacional y a las revueltas antizaristas de la segunda mitad del siglo XIX. A principios del XX, la colina era ya un sitio muy conocido como lugar de peregrinaciones, misas y festivales religiosos.

La ocupación soviética convirtió este lugar en un emblema de fe y esperanza. Los soviéticos aceptaron el desafío y se propusieron erradicar este signo popular de creencia, pero estalló una verdadera «*guerra de cruces*». La enigmática loma se convirtió en escenario de una batalla «*simbólica*». Las cruces de madera eran quemadas, las de metal usadas como chatarra, y las de piedra y cemento, enterradas. En 1961, por primera vez, las fuerzas comunistas consiguieron arrasarla con los bulldozers, y este proceso continuó durante dos décadas, pero la Colina de las Cruces siempre renacía de los escombros después de cada ataque, y con mayor fuerza, si cabe. El período del «*ateísmo Bulldozer*», como fue llamado, duró casi veinte años.

La colina era custodiada por el ejército soviético y por la KGB. Incluso planearon inundar el territorio, dejando la colina como una isla inalcanzable.

Pero cada vez que era demolida (cuatro veces en total), las cruces reaparecían.

Entre 1941-1952, muchos fueron desterrados a Siberia; varias poblaciones quedaron desiertas. En 1956 la gente comenzó a retornar a sus lugares nativos. Nuevas cruces aparecieron en la colina. Constituían la memoria de las insoportables torturas y de aquellos que murieron, y como signo de gratitud, también por el regreso. La Colina de las Cruces con sus emocionantes inscripciones, se convirtió en una especie de manuscrito de la vida en abierto antagonismo a la ideología soviética.

Finalmente el intento de los comunistas quedó frustrado, y, en 1985, la Colina fue dejada en paz. En 1988, el año del renacimiento, una verdadera paz vino sobre este lugar santo.

El espíritu de un pueblo

EL espíritu de Lituania del norte, los problemas de la gente, su esperanza y su fe católicas, se reflejan en la Colina de las Cruces, un verdadero santuario del espíritu y un monumento histórico cultural único. La Colina de las Cruces es un vivo y silencioso testigo de guerras, ocupaciones, exilios, represiones y sufrimientos. Hoy este bosque cuenta con más de cincuenta mil cruces, imágenes, cuadros de santos, y mástiles con estatuillas, muchos adornados con rosarios. Cada cruz tiene su propia historia.

Las palabras de amor y respeto dichas por Juan Pablo II, el 1 de julio de 1990 en la capilla de San Casimiro, en Roma, reflejan el espíritu que ha promovido este signo mundial de fe en Jesucristo: «La nación que asciende la Colina con tal tenacidad y piedad para plantar nuevas cruces, cree en la vida y la resurrección».

Y lo que una vez era milagroso e increíble, sucedió al fin. Tras largas décadas de ocupación, Lituania reconquistó su libertad e independencia. La nación comenzó a buscar su renacimiento con dificultades, pero persiguió su objetivo con persistencia.

Tres años más tarde, el 7 de septiembre de 1993, un huésped honorable, el Papa, visitó finalmente la Colina. Allí se encontró con una cruz erigida en 1981, después del atentado a su vida, con una inscripción donde se lee: «Cristo ten piedad del Papa, Lituania te lo suplica de rodillas». Desde este Gólgota lituano, el Papa bendijo al pueblo lituano y a toda la Europa cristiana.

A su regreso a Roma, en la audiencia general del 15 de septiembre, el Papa se expresó así: «El encuentro en la Colina de las Cruces fue una experiencia conmovedora. Ese lugar nos recuerda que continuamente el hombre “completa [...] lo que falta a

las tribulaciones de Cristo”, según las palabras de san Pablo (Col 1, 24). .. A este respecto, la Colina de las Cruces es un testimonio elocuente y una advertencia. La elocuencia de ese santuario es universal: es una palabra escrita en la historia de la Europa del siglo XX».

El mensaje de la Cruz

LA mirada de Cristo nos habla de los misterios y sentido de la Cruz. En el pasado, en el presente y en el futuro, la Cruz seguirá siendo parte de la vida del hombre. «*Ave crux!*» «*Bienvenida, Cruz!*». No un símbolo de dolor y muerte, sino un símbolo de fe, amor y sacrificio. El mensaje, recordó el Papa citando el Vaticano II, (Gaudium et Spes, 22), es que el hombre no puede comprenderse profundamente a sí mismo sin Cristo y sin su cruz.

Recordando a los que ofrecieron su vida como testimonio de su fe, explicó el Pontífice que «*sanguis martyrum est semen christianorum* (la sangre de los mártires es semilla de cristianos)». Las palabras del Apocalipsis constituyeron un emotivo epílogo al testimonio del Papa: «*Mira que estoy en la puerta y llamo*» (Ap 3, 20). *Es el Redentor del hombre, el Señor de la historia, el que llama de nuevo a la puerta. Que el hombre le abra. Él tiene «palabras de vida eterna»* (Jn 6, 68).

Al final del Via Crucis en el Coliseo de 1994, Juan Pablo II volvió a recordar a la colina santa «... Estamos unidos, en estos mártires, entre Roma, la Colina de las Cruces y las Islas Solovieskj y tantos otros campos de exterminio. Con el transcurso de los mártires, no podemos dejar de estar unidos. No podemos no decir la misma verdad sobre la Cruz; ¿y por qué no? Porque la tradición anticristiana quiere vaciarla y decirnos que el hombre no tiene las raíces en la Cruz, ni siquiera tiene en ella la esperanza: el hombre es solamente humano, debe vivir como si Dios no existiese. Queridísimos, tenemos esta tarea común, debemos decir juntos, Oriente y Occidente: ¡No sea vaciada la Cruz de Cristo; si se vacía, el hombre ya no tiene raíces, ni esperanza: está destruido! Éste es el grito al final del siglo xx. Es el grito de Roma, de Moscú, de Constantinopla. Es el grito de toda la Cristiandad: de las Américas, de África, de Asia, de todos. Es el grito de la nueva evangelización».

El mensaje más profundo, misterioso y auténtico de la Colina de las mil cruces sigue siendo el anuncio profético de que sin Cristo, no sólo los individuos y las familias pierden su identidad, sino que sólo Cristo es el camino verdadero para la auténtica identidad y promoción de los pueblos y naciones.

El realismo en el relato evangélico

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

No es la primera vez que realizamos este comentario contemplativo de la vida de Cristo, refiriéndonos a la narración evangélica propiamente dicha. Saben nuestros lectores, cuando comentamos pasajes concretos de la Vida de Jesús, damos un valor absoluto a la literalidad de los evangelios como fuente principal del estudio de los hechos narrados, es decir, creemos en la narración evangélica.

Como es sabido, la Biblia cristiana se divide en dos partes claramente diferenciadas, el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Ambas son igualmente inspiradas por Dios, y constituyen el fundamento de la Revelación. La Biblia es «una». No obstante hay que reconocer que su lectura, aún siendo igualmente recomendable, no es comparable. En el Nuevo Testamento, y especialmente en los evangelios, a diferencia de los libros históricos del Antiguo Testamento, la narración es de un gran realismo y además, contiene relatos de gran verosimilitud. Esto, que también es aplicable a los Hechos de los Apóstoles, en el caso de los Evangelios tenemos además cuatro narraciones paralelas y parcialmente distintas, aunque en ningún caso contradictorias, cuya complementariedad es muy enriquecedora.

Decimos no contradictorias, y ello es verdad no sólo en lo fundamental, sino también en cuestiones accesorias, y especialmente en circunstancias de lugar y tiempo. Se puede excluir a veces algún pequeño matiz, que no hace sino dar credibilidad a la coincidencia general –por ejemplo en Mc 5, 1-20 en el episodio de la región de los gerasenos, se habla de un endemoniado, en tanto san Mateo menciona a dos (Mt 8, 29-34)– pero nunca se puede afirmar que un evangelista desmiente a otro.

Podemos afirmar, por lo tanto, que si hay relatos literalmente fiables y contrastados en la Biblia éstos son precisamente los evangelios. Esto no significa que no lo sean los demás libros de las Sagradas Escrituras: su inerrancia es, además, artículo de fe; pero la Palabra de Dios, aún en los libros históricos, encierra frecuentemente un significado profético que trasciende a la literalidad de la narración, a veces grandilocuente, y con cierta desmesura formal, pero que el lector fiel acepta con humildad y con fe. Su lectura es conveniente que sea orientada por un director espiritual. En contraste con esto, se observa perfectamente que la historicidad de los Evangelios

está fuera de este estilo narrativo. El relato evangélico es directo y «literal» y además de autenticidad contrastable, especialmente si analizamos las referencias de lugar y tiempo de cada uno de los evangelistas.

Somos conscientes de que esta afirmación sería fuertemente discutida y rechazada por los comentaristas de lectura crítica. Las escuelas modernistas, desgraciadamente hoy muy presentes, niegan esta complementariedad y, además, restringen los hechos narrados a simples «puntos de vista» subjetivos de cada evangelista, a los que sólo otorgan un valor catequético, y ponen en tela de juicio su historicidad. Es obvio, por tanto, que mutilan claramente la narración al no querer aceptar la concordancia de los Evangelios que ya desde san Agustín fue estudiada, y muchas veces seguida por autores inspirados.

La lectura contemplativa

PERO nosotros, queremos hacer además una «lectura contemplativa», es decir, situarnos con la imaginación, en el espacio y en el tiempo en el que vivió nuestro Señor, y «ver» con los ojos del alma los relatos evangélicos tal como san Ignacio propone en los Ejercicios Espirituales. A esta forma contemplativa de leer la vida de Cristo, ayuda mucho la utilización de los «Evangelios concordados».

Como ya hemos comentado en otras ocasiones, los «Evangelios concordados» se elaboran refundiendo las cuatro narraciones de los evangelistas: para cada pasaje, se elige el evangelista que mejor lo narra, pero se intercalan los detalles complementarios aportados por los otros tres. La narración ha de ser completa, sin ninguna mutilación, y formando un texto único, ordenado cronológicamente. Es como una vida de Jesucristo, pero realizada única y exclusivamente con textos evangélicos. Estos Evangelios concordados son muy útiles para contemplar la vida de Cristo, y si se les ilustra con notas y referencias de lugar y tiempo ayudan todavía más a vivir con el pensamiento los hechos narrados, como proponía san Ignacio.

Un lector respetuoso, se da cuenta de que las cuatro narraciones evangélicas concuerdan perfectamente y se enriquecen de matices y detalles entre sí, con un relato puro y directo de todo aquello que la Pro-

videncia divina ha querido que llegue a nosotros de la vida de Jesús y el fundamento de la doctrina que Él mismo enseñó.

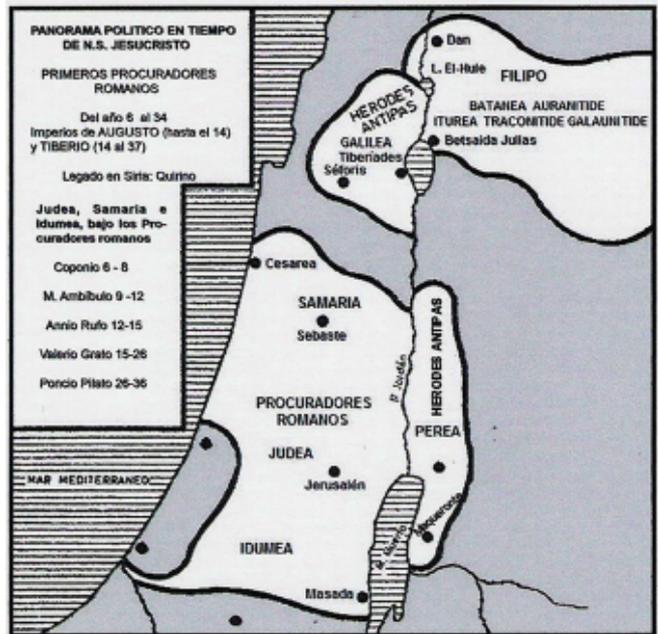
Cierto que, además, y en consonancia con todas las Sagradas Escrituras, en la Palabra de Dios se encierra un contenido catequético y doctrinal que en este caso, cada evangelista se encarga de resaltar según su propia vivencia personal, pero esto no excluye jamás el rigor histórico de la narración. En todo caso debemos admitir que todo cuanto se puede conocer a través de la narración evangélica es justamente lo que Dios mismo ha querido que podamos conocer. Como dice el propio san Juan al final de su evangelio, a modo de epílogo; «Este es el discípulo que da fe de estas cosas y las ha escrito. Y sabemos que su testimonio es fidedigno. Hay todavía muchas cosas que realizó Jesús, que si se redactaran una por una, creo yo que ni en todo el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (Jn 21, 24-25). Es, por tanto, posible estudiar los hechos narrados, en la medida de lo que Dios ha querido que llegue a nuestro conocimiento.

Visto con sentido sobrenatural, y aceptando la tutela providencial de nuestro Señor sobre la Iglesia y sobre las mismas Escrituras, podemos pensar sin temor a equivocarnos, que ésta fue sin duda la misión de estos cuatro relatos que figuran en el canon del Nuevo Testamento. Como ya hemos apuntado antes, hoy por desgracia, a muchos escrituristas les falta fe en la Providencia y por esto se equivocan gravemente al explicar los evangelios. La concordancia es también fruto de esta acción providencial, y constituye una gran ayuda para contemplar la vida de Jesús.

Las circunstancias de lugar y tiempo:

LA lectura contemplativa se enriquece grandemente con el desarrollo de lo que los evangelios nos muestran con referencias a las circunstancias de lugar y tiempo y esto es particularmente posible al concordar los evangelios y examinar lugares sobre los mapas y contrastar los datos temporales con lo que hoy se sabe según la arqueología y la historia. Si los autores son veraces la coincidencia es grande, y aún cuando hay alguna discrepancia, p. ej. el censo de Quirino, que ya hemos comentado alguna vez, un examen riguroso permite alcanzar esta concordancia que buscamos. Pero para ello, el evangelista, debe tener para nosotros, «presunción de veracidad».

Hemos comentado ya, en otras ocasiones, que al concordar los textos de los cuatro evangelistas en un relato único, refundido y lo más ajustado posible en la cronología de los hechos, se percata uno de que los tres años que se suponen de la vida pública de Cristo son narrados en extensión bastante desigual. Es decir, del primer año hay tan sólo unos



pocos episodios, narrados básicamente sólo por san Juan, del segundo hay bastante más, y con intervención de todos los evangelistas; pero es precisamente el tercer año el que contiene mayor extensión de hechos, incluyendo además el desplazamiento desde Galilea hasta Judea, unos cinco o seis meses antes de la Pascua de dicho tercer año, en el que Jesús instituyó la Eucaristía y murió, para redimirnos, en el terrible suplicio de la cruz.

Pues bien, a fin de poder seguir con más detenimiento estos tres años de la vida pública de Cristo, vamos a realizar a partir de ahora nuestros comentarios, siguiendo un orden cronológico, desde el inicio de su misión, tras el bautismo en el Jordán. Y para ello comenzamos este mes con el texto de san Lucas (3,1-6) que lo sitúa en la historia, y junto a él el mapa político del Israel de su tiempo.

1 En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás, tetrarca de Abilene,

2 bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto,

3 y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados,

4 según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: «Voz que pregona en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.

5 Todo valle sea rellenado, y todo monte y collado allanado, y los caminos tortuosos rectificad, y lo escarpado sea nivelado.

6 Y toda carne verá la salvación de Dios (Is 40, 3-5)»



Pequeñas lecciones de historia

San Ignacio en Montserrat (I): la vela de armas

GERARDO MANRESA

UNO de los grandes deseos de Ignacio después de su conversión en Loyola, durante su período de convalecencia, era peregrinar a Tierra Santa y conquistarla para el Señor, pues en aquellos años el papa había enviado emisarios a las cortes de Europa, pidiendo el establecimiento de una cruzada para la reconquista de Jerusalén. Pero Ignacio no quería conquistarla con las armas sino con la vida pobre y sencilla del peregrino. Su plan era cambiar su vida y transformarse de caballero en peregrino. Para ello salió de Loyola, sin que su familia lo supiera e inició la peregrinación, cuya primera escala había de ser Montserrat. Partió vestido con sus mejores galas, cabalgando sobre una mula y con sus armas tradicionales, la espada y el puñal. Durante el camino se fue preparando para su entrega a la Dama de sus sueños, la Virgen María, y así le hizo voto de castidad; hacía mucha penitencia y se flagelaba diariamente. Dispuesto a transformarse en un verdadero peregrino, poco antes de su llegada a Montserrat se procuró un vestido más adecuado a su futura situación: un saco, que le haría de vestido, una cuerda como cinturón, un bastón, como caminante, y una calabaza, como peregrino.

A su llegada a Montserrat, el día 21 de marzo de 1522, buscó alguien que le orientara espiritualmente, pues él lo desconocía todo sobre la vida espiritual y la Providencia le dio un santo monje, dom Joan Chanon, canónigo francés que lo dejó todo para hacerse benedictino en Montserrat. Éste orientó la vida espiritual de Ignacio, el cual cambió sus planes. Lo primero que le ofreció fue hacer una confesión general de toda su vida, pues, decía, que la puerta de entrada para una nueva vida de entrega a Dios era la confesión general. Ignacio, aunque apenas ocho meses antes ya la había hecho en Loyola, se dejó guiar dócilmente y se preparó para la confesión general. Siguiendo la norma de los benedictinos al inicio de su vida consagrada, la confesión duró tres días e Ignacio la hizo por escrito.

Una vez confesado Ignacio se preparó para hacer la vela de armas ante la Virgen de Montserrat. Y así quiso despojarse de todo lo suyo: sus armas las entregó a dom Joan Chanon para que las colgara junto a la reja donde estaba la Virgen. También quiso entregar su cabalgadura; para ello tuvo más problemas, pues no era corriente que esto se hiciera, pero la mula era un animal de mucha utilidad para el transporte de mercancías en aquella montaña y le permitieron dejarla. Finalmente, también entregó las vestiduras de gran gala que llevaba. Sin embargo, no se las aceptaron de nin-

guna forma. Este hecho es sorprendente, pues en muchos casos se entregaban vestidos y armaduras como donativos y exvotos, pero los monjes lo rechazaron porque consideraron que Ignacio se extralimitaba en sus donaciones y lo consideraron un poco extravagante. Ante este rechazo, Ignacio no tuvo más remedio que buscar en Montserrat a un peregrino pobre para hacerle entrega de sus vestidos de gala.

Y vestido de saco, con su cinturón de cuerda, su bastón y su calabaza, el día 24 de marzo, vigilia de la fiesta de la Anunciación, entró Ignacio en aquel santuario, en el que durante veinticuatro horas se cantaba a la Virgen Bruna y veló sus armas ante ella. Entre los domingos de cuaresma y la fiesta de la Anunciación eran muchos los peregrinos que velaban toda la noche ante la Virgen de Montserrat.

Después del rezo de *Vísperas* y *Completas* de los monjes la primera parte de la noche se dejaba para que los peregrinos expusieran ante la Virgen, en oración silenciosa, todos sus deseos y promesas. Ignacio, como caballero que era, debía ofrecerse totalmente a aquella Dama a quien su Señor le había puesto como Madre para que le guiara toda su vida, y de pie pasó aquel rato. A las doce de la noche la campana del Monasterio anunciaba el canto de *Maitines* por los monjes. Aquel día era un día de fiesta grande, pues era el día de la Anunciación, el 25 de marzo, por lo cual se hacía solemnemente. Después los monjes cantaron el *Tedéum* y siguieron los *Laudes*. La despedida de los monjes se hacía cantando el *Ave Stella matutina*. Eran las dos de la madrugada. En los días de fiesta a continuación bajaban al santuario los eremitas que vivían en la montaña a rezar los *Maitines* y *Laudes*, y a continuación se decía la *misa de los peregrinos*.

Se acercaba el momento tan esperado de los que hacían la vela: la misa matinal. Todos los peregrinos, que estaban en la montaña y los que no velaban, eran despertados para esta misa. Aparecía en primer lugar la escolanía de niños cantores, todos vestidos con roquete blanco y cota negra y tras ellos todos los monjes en fila yendo a sus puestos. A Ignacio le debió de parecer una aparición aquella procesión, pues impresionaba toda aquella ceremonia acompañada de cánticos a la Virgen. Todo ello ayudaba para centrar la piedad para la misa que iba a iniciarse en aquella gran fiesta de la Anunciación y aquella santa noche que Ignacio pasó entregándose a su Dama.

Finalizada la misa, cuando se iniciaba el día, fue el momento en que Ignacio dio por acabada la vela de sus armas, y partió del santuario.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Nueva curación inexplicable en Lourdes

ANTONIETTA Raco, con cincuenta años y paralizada por una esclerosis lateral amiotrófica (ELA) desde el año 2005, decidió peregrinar a Lourdes a principios del pasado mes de agosto para pedir a la Virgen que le «diera la fuerza de vivir con dignidad cada instante que me quedaba». Antonietta, profundamente impresionada por los casos de Piergiorgio Welby y de Eluana Englaro –dos casos de eutanasia muy mediáticos en Italia– llegó a Lourdes, «no para pedir un milagro, sino para no llegar a algo así». «No quiero acabar como Welby, quiero que el Señor, que es dueño de la vida, sea el que tome mi vida en su mano». Después pidió la paz y la serenidad para ella misma y para su familia y la gracia para una niña de cuatro años de su pueblo que sufre también una ELA.

Antonietta fue a bañarse a las piscinas del Santuario y, «al entrar en el agua, sintió un gran dolor en las piernas, después un alivio». «Fue en ese momento cuando escuché, a mi izquierda, una voz femenina muy bella, suave, tierna, ligera –ha explicado Raco–. Nunca he oído nada igual; el mero hecho de oírla me alivió físicamente. Ella me dijo: “¡No tengas miedo, no tengas miedo!”. Pero yo temblaba, ¡tenía tanto miedo!, también porque era la única que oía esa voz». Al salir de la piscina Antonietta notó que algo había sucedido. Sin embargo, no se atrevió a decírselo a nadie. «Al volver a su casa sintió una voz interior que le invitaba: “¡Cuéntalo, dilo!”. Ella preguntó: “¿Qué debo decir? Yo no merezco tanto, soy indigna...”». Fiel a la invitación del Señor, Antonietta se puso en pie y caminó hacia su marido, que no podía creer lo que estaba viendo. Entonces se lo contó todo.

Ansiosos por reencontrarse con los médicos y «esperando que alguno me dijera que ya no tenía nada», el 24 de agosto Raco realizó una visita de control en Turín y, ante el asombro de los especialistas, constataron que la enfermedad había remitido. «Desde el punto de vista de la literatura médica –declaró su doctor, el profesor Chiò– nunca ha habido un caso de regresión de la enfermedad». El doctor le ha enviado a hacer nuevas pruebas y ha remitido el expediente clínico al obispo.

Monseñor Francescantonio Nolé, obispo de la diócesis de Tursi-Lagonegro a la que pertenece Antonietta y guía de la peregrinación, ha afirmado

en Radio Vaticano que se trata de un «don del Señor a través de su santísima Madre. Un acontecimiento extraordinario». Antonietta Raco, quien no desea hablar de «milagro» sino de un «acto de misericordia» de la Virgen, se ha encontrado con el prelado quien, tranquilizándola, le ha recordado que «el Señor le ha hecho este regalo no sólo para ella sino para toda la comunidad y para todos los que se enterarán, y de hecho estamos viviendo las consecuencias positivas. (...) He aquí que se ha vuelto a dar fervor a los que tenían fe y se ha removido la conciencia de los que la tenían tibia, apática». Ahora el obispo remitirá el caso a la oficina médica de Lourdes donde se analizará el caso desde el punto de vista clínico y teológico.

Mueren trece cristianos en Paquistán

HACE meses que venían intensificándose los ataques y amenazas contra las minorías religiosas en Paquistán, en parte debido a la creciente influencia que han conseguido los talibanes en el país. El 30 de julio, una multitud de miembros de la organización musulmana Sipah-e-Sahaba, ante la pasividad de la policía, prendió fuego a los hogares cristianos en una aldea cercana a la ciudad penjabi de Gojra con la excusa de que había sido roto un ejemplar del Corán. Se quemaron cerca de cien casas en ocho horas de disturbios. Murieron ocho personas, siete de ellos miembros de una misma familia. Cuando ardió su casa, la multitud que estaba fuera amenazó a la familia con la muerte si intentaba salir. Seis de ellos fueron quemados vivos y uno murió golpeado por la multitud al intentar escapar.

Los cristianos paquistaneses reaccionaron al último ataque declarando que cerrarían sus escuelas y colegios a lo largo del país durante tres días. La Iglesia católica ha creado un comité compuesto por dos obispos, tres sacerdotes católicos y varios consejeros, que se están reuniendo con políticos y clérigos musulmanes para parar cualquier ulterior violencia. Los obispos católicos de Paquistán están pidiendo al Gobierno que abrogue las leyes contra la blasfemia, afirmando que se están empleando mal y causan problemas a las minorías en Paquistán. El nuncio de la Santa Sede en Paquistán, el arzobispo Adolfo Tito Yllana, abogó por un nuevo modelo cultural en Paquistán. «No es sólo una cuestión de cambio

de leyes. A nivel más profundo, hay necesidad de un diálogo que transforme la sociedad conduciéndola a la reconciliación y la paz». Sin embargo, los ataques no han parado y cinco cristianos más murieron tiroteados en el centro de la ciudad de Quetta (Beluchistán) el pasado 28 de agosto.

Las reliquias de santa Margarita María de Alacoque visitan Perú

LAS reliquias de santa Margarita María de Alacoque siguen su peregrinación por todo el mundo como mensajera del Amor misericordioso del Corazón de Jesús. En esta ocasión llegaron el pasado 29 de julio al Perú con el objetivo de renovar en los fieles la devoción al Corazón de Jesús, «síntesis de la religión y la norma de vida más perfecta».

El 1 de agosto el cardenal Juan Luis Ciprinai Thorne, arzobispo de Lima y primado del Perú, ofició una misa de bienvenida en la catedral en la que pidió que el Corazón de Jesús reine en la vida de cada peruano y en todo el país. «Qué ocasión tan buena para que cada uno, cada parroquia, hospital, colegio y hogar entronice la imagen del Corazón de Jesús, que no es idolatría sino contemplación del Señor, y hacer que brote en nuestro corazón un deseo de conversión, de amarlo más y de espera. (...) Difundamos esta devoción porque no son tonterías del pasado, ni costumbres espiritualistas, sino un desafío al engreimiento y cinismo de la época actual; y, así el Corazón de Jesús reine en nuestra vida, en nuestro trabajo y en nuestro país».

Las reliquias de santa Margarita María de Alacoque recorrerán durante dos meses y medio, hasta el 16 de octubre, distintas parroquias y monasterios del país (Lima, Moyobamba, Lurin, Piura, Trujillo, Chimbote, Chiclayo, Callao, Carabaillo, Cajamarca, Huancayo, Arequipa, Ayacucho, Cuzco).

En defensa de la iglesia de Tam Toa

Los feligreses de la diócesis de Vinh (Vietnam) se hayan inmersos en una desesperada lucha en defensa de la iglesia de Tam Toa, erigida en el año 1631 y reconstruida en 1887. El templo, en ruinas desde que fue bombardeado por los Estados Unidos en la guerra, está situado en un delicado escenario natural que, debido al crecimiento urbano de Dong Hoy, se ha convertido en un barrio de lujo. En 1997 el gobierno vietnamita declaró la zona lugar de interés histórico, convirtiéndola en propiedad estatal sin tener en cuenta los derechos de la Iglesia sobre la misma.

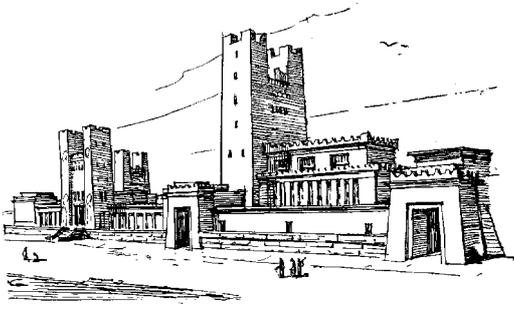
Sin embargo y a pesar del deteriorado estado de la iglesia, los fieles de Vinh se reúnen al aire libre en el recinto del templo desde el final de la guerra para celebrar la misa, ya que no existe otro lugar público para el culto. Las amenazas del gobierno, que el año pasado ya rebajó mucho terreno del entorno de Tam Toa para construir apartamentos exclusivos, no han intimidado a los católicos locales que en febrero celebraron una multitudinaria Eucaristía presidida por su obispo, monseñor Pablo de María Cao Dinh Thuyen, y concelebrada por catorce sacerdotes. El pasado 20 de julio, más de veinte católicos fueron robados, arrestados y apaleados por la policía mientras cientos de feligreses reclamaban el retorno de la iglesia a los legítimos propietarios del terreno e intentaban restaurar el templo. Dos sacerdotes tuvieron que ser trasladados al hospital.

El pasado 17 de agosto, el gobierno de Vietnam decretó el uso de las ruinas de la iglesia para un parque público y el 20 de agosto las excavadoras municipales aplanaron los últimos restos del edificio sagrado, dejando en pie únicamente el campanario. Cinco días antes, doscientas mil personas habían celebrado la misa de la Asunción y otras quinientas mil la habían seguido a lo largo de la carretera por la que se accede ya que la policía les impedía el paso.

Monseñor Fratini, nuevo nuncio en España y Andorra

BENEDICTO XVI ha nombrado al arzobispo Renzo Fratini nuevo nuncio apostólico en España y Andorra y observador permanente de la Santa Sede ante la Organización Mundial del Turismo (OMT). Monseñor Fratini, arzobispo titular de Botriana y nuncio apostólico en Nigeria, sustituye al arzobispo portugués Manuel Monteiro de Castro, que trabajará a partir de ahora en el dicasterio cuyo prefecto es el cardenal Giovanni Battista Re.

Nacido el 25 de abril de 1944 en la localidad italiana de Urbisaglia, en la diócesis de Macerata, el nuevo representante del Papa en España fue ordenado sacerdote a los 25 años de edad. Se doctoró en Derecho Canónico. El 8 de julio de 1974 ingresó en el servicio diplomático de la Santa Sede. Trabajó en las representaciones pontificias en Japón, Nigeria, Etiopía, Grecia, Ecuador, Jerusalén, Palestina y Francia. El 7 de agosto de 1993, Juan Pablo II le nombró pronuncio apostólico en Pakistán y arzobispo titular de Botriana. Su ordenación episcopal tuvo lugar el 2 de octubre de ese mismo año. En 1998 fue nombrado nuncio apostólico en Indonesia. Casi cinco años más tarde, el Papa le nombró nuncio apostólico en Timor Oriental y en 2004, nuncio en Nigeria.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Timor Oriental resiste la presión proabortista

EL Parlamento de Timor Oriental, pequeña nación católica al sudeste de Asia que fue reconocida como estado independiente en 2002, ha resistido la presión ejercida por agencias de las Naciones Unidas y organizaciones no gubernamentales (ONG) pro-abortistas y ha mantenido la penalización del aborto.

Con una votación de 45 votos a favor, cero en contra y tan sólo siete abstenciones, el Parlamento ha mantenido las sanciones penales para el aborto, incorporando además un texto en el que se establece que la vida «desde el momento de la concepción» tiene derecho a ser protegida. Quienes practiquen un aborto serán castigados con una pena de hasta ocho años de prisión.

En el trámite parlamentario han sido rechazados los intentos de introducir las excepciones de anomalía fetal y embarazo por violación, que en otros países han sido la vía para, mediante el fraude, liberalizar plenamente el aborto. De este modo ha sido derrotado el movimiento pro-abortista internacional, y en especial la Fundación Alola, una ONG respaldada por el Fondo de Población de la ONU y presidida por la Primera Dama timorense, que había desplegado una intensa campaña a favor de la despenalización.

Una batalla ganada dentro de la guerra en defensa de la vida de los seres humanos más indefensos, de la que no podemos menos que congratularnos y felicitar por ello a esta joven nación cristiana.

Demografía en Oriente Medio

No es la primera vez que el futuro de las comunidades cristianas en Oriente Medio nos ocupa. Atrapados entre varios fuegos, lo cierto es que su disminución, desaparición en ocasiones, es un golpe duro que afecta a toda la Iglesia, que contempla cómo algunas de las primeras comunidades cristianas, que se remontan a los apóstoles, y que en cierto modo testimonian la verdad histórica del Evangelio, van extinguiéndose.

Hace escasamente un siglo, los cristianos eran



Iglesia armenia de San Juan Bautista (Beirut)

parte primordial e incluso dominante de la vida intelectual y comercial de la región, y en el Imperio otomano, en esos tiempos la potencia regional preponderante, eran una quinta parte de sus 13 millones de habitantes. Los árabes cristianos en aquel entonces eran amplia mayoría en el Líbano y las comunidades cristianas de lo que hoy es Siria e Iraq eran florecientes. Los golpes que se sucedieron sobre los cristianos de Oriente fueron muy duros: primero fue el genocidio armenio de 1914 y luego la masacre y expulsión de los griegos de Anatolia en 1922-1923, con el resultado conjunto de que los turcos mataron a entre tres y cuatro millones de cristianos.

De las ruinas del Imperio otomano surgió el Líbano en 1926, un país árabe con mayoría cristiana en aquel entonces, principalmente maronitas, en comunión con Roma. El nuevo país se convirtió pronto en el centro financiero y económico de Oriente Medio y su capital, Beirut, en una próspera capital. La constitución libanesa de 1932, diseñada por la potencia mandataria, Francia, se basaba en esa mayoría cristiana y garantizaba una mínima mayoría a los cristianos en el Parlamento. Pero la menor tasa de fertilidad de los cristianos libaneses ha ido a lo largo de todo el siglo xx erosionando esta mayoría

demográfica y añadiendo tensión a un país de por sí inestable, hasta llegar al actual 30% de población cristiana (sólo un 23% de la población de menos de 20 años). Los musulmanes, en especial las comunidades pobres chiitas, tenían ya en 1971 una tasa de fertilidad de casi cuatro niños por mujer, mientras que los cristianos maronitas adoptaban tasas «modernas», con dos hijos por mujer, por debajo de la tasa de reemplazo. Desde entonces, y aunque los datos son difíciles de obtener, la fertilidad de los cristianos se ha mantenido por debajo de la tasa de recambio. Este desequilibrio demográfico no ha hecho más que alentar las pretensiones musulmanas de cambiar el status quo libanés en beneficio propio y en perjuicio de una población cristiana menguante.

Los años que transcurren desde la finalización de la segunda guerra mundial hasta el fin de la Guerra Fría son también los años de esplendor del nacionalismo árabe, una ideología que contó entre sus ideólogos a numerosos cristianos árabes. Podríamos citar a Boutros-Ghali, nombrado ministro de asuntos exteriores de Egipto en 1977 o a Tariq Aziz, nombrado con el mismo cargo en Iraq en 1983. El mismo partido Baas, quintaesencia del nacionalismo panarabista y que controlaría los destinos de Iraq hasta la caída de Saddam Hussein y de Siria hasta el día de hoy, fue fundado por un cristiano sirio, Michel Aflaq. Pero esa apuesta de muchos cristianos árabes por el nacionalismo acabó en un monumental fiasco, ahogada por la corrupción y la tiranía, dejando paso al pujante islamismo radical, para quien la identidad se construye a partir de elementos religiosos islámicos y, en consecuencia, considera ajenos a los árabes cristianos.

El resultado de este declive demográfico y de la presión islamista, a la que podríamos añadir la emigración por motivos económicos o de seguridad, como ha ocurrido recientemente en Iraq, es una previsión francamente desoladora: si no cambia la tendencia, de los doce millones de cristianos que viven actualmente en Oriente Medio quedarán menos de seis millones en 2025.

Si para tener una visión completa contemplamos ahora lo que ocurre en Israel, vemos que los cristianos árabes siguen disminuyendo y se calcula que ya son sólo ciento veinte mil, de los que cincuenta mil vivirían en la Franja de Gaza. Por el contrario, los cristianos de habla hebrea, muchos de ellos inmigrantes de los antiguos países comunistas del Este de Europa, han superado ya a los árabes católicos. El número de católicos en Israel se calcula que alcanza ya la cifra de trescientos mil, el doble que hace una década, entre los que hay que contar a casi treinta mil filipinos. Desconocemos el impacto de estos cambios, pero lo que sí parece seguro es que

la presencia católica en Oriente Medio disminuirá trágicamente en un futuro próximo, si bien también se perciben algunos síntomas positivos provenientes, como suele suceder en la historia, guiada misteriosamente por la divina Providencia, precisamente de donde muy pocos los esperaban.

La «madrasicación» de Turquía

POR «madrasicación» nos referimos a la reforma por la que se favorece la extensión de las escuelas islámicas, conocidas con el nombre de madrasas, algo que está sucediendo en el país que muchos querrían ver formando parte de la Unión Europea. Y es que el pasado mes de julio el gobierno turco aprobó una reforma educativa por la que se permite a los alumnos de las escuelas islámicas acceder plenamente a las universidades. Este acceso había sido limitado como medio de evitar la proliferación de madrasas por parte de un estado que se reclama heredero del secularismo del padre de Turquía, Mustafá Kemal Atatürk.

Pero parece que ese secularismo sigue en retirada frente a un pujante islamismo «moderado», encarnado en la figura del primer ministro Recep Tayyip Erdogan, él mismo educado en una madrasa y que ha declarado que la medida «ha remediado una larga injusticia». Esta reforma educativa es una promesa que viene de lejos, pues era una de las medidas principales de su plataforma electoral en las elecciones generales de 2002. La educación es quizás el principal campo de batalla del enfrentamiento entre islamistas y secularistas en Turquía, convencidos ambos bandos de que según sea ésta así será el futuro del país.

Hasta ahora el sistema de acceso a las universidades estaba diseñado para hacer casi imposible el acceso de alumnos provenientes de madrasas a éstas, gracias a un doble sistema de exámenes y criterios de selección que daba como resultado el que los alumnos de las escuelas islámicas sólo pudieran acceder a las facultades de teología. De este modo se evitaba que personas con formación o simpatías islamistas pudieran obtener titulaciones universitarias, condición *sine qua non* para opositar a los puestos de responsabilidad en la administración pública.

Este sistema ya se suavizó hace unos años a través de la entrada masiva en el tribunal competente en materia de exámenes y criterios de acceso de numerosos simpatizantes islamistas, que alteraron los mismos. Pero ahora se da un paso más y se da naturaleza de ley a este proceso de islamización que, no es casualidad, coincide en el tiempo con el apoyo turco a los uigures musulmanes separatistas del oeste de China.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

SAN AGUSTÍN

Contra los académicos

Madrid, Encuentro, 2009

San Agustín vivió una época que coincidió con la decadencia del Imperio romano. Algunos historiadores no han dudado en mostrar las similitudes entre el mundo que conoció san Agustín y nuestra época. Sin duda una de las características coincidentes es el escepticismo. Uno de los caminos por el que se introduce el escepticismo en los círculos intelectuales, y en la Academia a la que se refiere san Agustín, no es el de la negación de la verdad, sino de la posibilidad de conocerla. Entonces, como hoy, andaba de la mano con el materialismo (allí de influencia estoica) que embota los sentidos y acaba negando la posibilidad de conocer cualquier realidad espiritual, empezando por la propia alma.

En algún escrito sobre la naturaleza de la teología Joseph Ratzinger ha dicho que una filosofía que sólo hace preguntas pero no espera respuestas, y que por tanto se niega al diálogo con la teología por partir ésta de las afirmaciones de la fe, no sirve al hombre. Una filosofía que renuncia a un fundamento y rechaza la ontología, puede resultar muy interesante y hasta acertada en algunos puntos, pero se muestra incapaz de satisfacer la demanda que existencialmente todos percibimos en nuestro interior.

Contra los Académicos, escrita en el 386, se considera la más importante obra filosófica de san Agustín. Redactada a partir de la transcripción de unos diálogos sostenidos por el mismo santo con algunos amigos, muestra cómo la pregunta por la verdad va unida al deseo de felicidad que hay en el hombre. Y quien conoce la verdad es el sabio. Aunque al hombre le resulte difícil llegar con sus propias fuerzas a esa verdad, esta no es inaccesible. Dios viene en ayuda del hombre y lo ilumina para que pueda alcanzarla. El hecho de la Encarnación ofrece una nueva perspectiva que era inimaginable para el mundo griego.

En la sugerente introducción de Jaime García Álvarez se nos indica que san Agustín intenta llevar a sus amigos desde el escepticismo al platonismo y de ahí a Jesucristo. Es el mismo camino de conversión realizado por él. La búsqueda de la verdad le llevó a encontrarse con Jesucristo y en Él la conoció. La conversión es una actitud necesaria tanto para el filósofo como para el teólogo. Mediante ella reconocemos que es la verdad la que nos salva y que siempre hay una prioridad de ella. El creyente la reconoce en Dios.

Agradecemos a la editorial que nos ofrezca esta importante obra en edición bilingüe (latín-castellano), así como la cuidada traducción realizada por Julio García Álvarez y Jaime García Álvarez.

Se habla mucho de la actualidad del santo obispo de Hipona. Esta obra da buena fe de ello.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Fuera tiquismiquis vanos

Las recientes declaraciones del ministro de Justicia afirmando que no podrá existir un derecho a la objeción de conciencia a la nueva ley del aborto que está preparando ha puesto nuevamente de manifiesto dos aspectos: el carácter totalitario del gobierno español y la insuficiencia de la objeción de conciencia, débil instrumento ante las leyes injustas que, en consecuencia, no son leyes. Juan Manuel de Prada aborda desde las páginas de ABC esta cuestión con su habitual clarividencia:

Para entender en todo su alcance esas declaraciones del ministro Caamaño en las que rechaza la posibilidad de que los médicos se nieguen a perpetrar abortos, atendiendo a razones de conciencia, convendría que afrontásemos en su cruda realidad lo que está sucediendo ante nuestros ojos. La «objeción de conciencia» es, en realidad, un mecanismo que el derecho arbitra en el instante en que ha dejado de ser verdadero derecho (esto es, cuando ha renunciado a fundarse sobre un razonamiento ético objetivo en torno a lo que es justo e injusto), pero todavía titubea y quiere guardar –por escrúpulo– cierta apariencia de justicia. Así, por ejemplo, el derecho a la objeción de conciencia que se reconoce a quienes se niegan a empuñar un arma en defensa de su patria obedece al titubeo del derecho, que habiendo otorgado previamente cobertura jurídica a guerras injustas no se atreve sin embargo a obligar a quienes se hallan bajo su mandato a participar en ellas. Porque si el derecho fue-

se verdadero derecho (esto es, si sólo justificase guerras justas), a quien se negase a empuñar un arma en defensa de su patria habría que castigarlo como traidor y cobarde. El derecho a la objeción se trata, pues, de un residuo de mala conciencia que subsiste en aquellos ordenamientos jurídicos que, albergando leyes inicuas, son, sin embargo, conscientes –hipócritamente conscientes– de su iniquidad, de la que no se atreven a hacer partícipes a quienes se hallan bajo su mandato; pero cuando se pierde conciencia de esa iniquidad, la objeción de conciencia se convierte en un tiquismiquis vano.

La vigente ley del aborto es una ley inicua, que despenaliza la comisión de un crimen en determinadas circunstancias excepcionales (aunque luego el flagrante fraude de ley las haya convertido en habituales); pero la conciencia –mala conciencia– de su iniquidad ha permitido que hasta hoy los médicos pudieran abstenerse de perpetrar el crimen que la ley permitía. ¿Cuál es la diferencia sustancial que la inminente ley del aborto introduce? No se trata, como algunos piensan ingenuamente, de que vaya a aumentar en demasía el número de abortos; pues, en honor a la verdad, en España existe de facto el aborto libre, a través del coladero del «peligro para la salud física o psíquica de la madre». La diferencia sustancial que la nueva ley del aborto introduce consiste en convertir una despenalización en un derecho: el sacrosanto derecho a exterminar vidas inocentes porque nos da la gana, sin necesidad de invocar excusas exculpatorias, con una despepitada desfachatez homicida. Naturalmente, una ley que

convierte el aborto en un derecho deja de tener conciencia –mala conciencia– de su iniquidad; desde el momento en que el aborto es encumbrado a la categoría de bien protegido por ley, ¿cómo es posible encajar un «derecho a la objeción de conciencia»? Se trata, en efecto, de algo tan incongruente como si en un régimen comunista el expoliado exigiera que se reconociese su «derecho a la propiedad». Una vez que el crimen es protegido por ley y entronizado como derecho, ya no caben titubeos; y cualquier persona que invoque la objeción de conciencia se convierte ipso facto en peligrosa, pues en las organizaciones que han institucionalizado el crimen está prohibido tener conciencia.

La nueva ley del aborto es una expresión palmaria de esa «institucionalización del crimen»: un crimen se convierte en derecho porque nos da la real gana, porque en nuestra desfachatez homicida ya ni siquiera nos detiene ese titubeo ante la iniquidad que los ordenamientos jurídicos de antaño resolvían hipócritamente arbitrando un «derecho a la objeción de conciencia». Nosotros ya no titubeamos ante la iniquidad –ha venido a decir Caamaño–, sino que nos regodeamos en ella; de modo que sobra la objeción de conciencia. Fuera tiquismiquis vanos.

El Congreso Mundial de las Familias y los límites del diálogo

El Congreso Mundial de las Familias que se ha desarrollado el pasado mes de agosto en Amsterdam da pie a Austin Ruse,

presidente de C-Fam, el lobby católico pro vida y pro familia más batallador en la ONU, para poner de relieve la falsedad del pretendido culto al diálogo por parte de la izquierda. Reproducimos aquí el artículo que publicó en The Catholic Thing:

Aunque los izquierdistas no se cansen de hablar de diálogo, lo cierto es que son completamente perezosos a la hora de aplicarlo. Para ellos el diálogo significa izquierdistas hablando con izquierdistas aún más radicales o bien izquierdistas atacando a los obispos por no ordenar mujeres o cualquier otro estúpido asunto del estilo. Se trata de una manera de mantener a la gente juiciosa silenciada para que así nunca suceda nada. Acabo de regresar del Congreso Mundial de las Familias en Amsterdam, en el que esta concepción del diálogo se ha mostrado abiertamente.

Amsterdam fue elegida como sede precisamente porque esa ciudad, y Holanda en general, encarnan el tipo de cultura que las personas tradicionales aborrecemos. La misma Amsterdam está repleta de pornografía. Se puede pasear por casi cualquier calle del centro y contemplar horribles escenas de degradación sexual. También es conocida la legalidad de las drogas. El aborto es legal y también lo es el matrimonio homosexual. No contento con gozar de los frutos de su vida licenciosa, el gobierno de Holanda es uno de los principales financiadores y promotores de este tipo de cultura.

Quedamos sorprendidos cuando un pequeño grupo holandés solicitó organizar el Congreso de 2009, que congrega a varios miles de tradicionalistas de todo el mundo. El grupo de Amsterdam había incluso conseguido el apoyo oficial de las autoridades locales. En un determinado momento

de nuestra presentación les pregunté si sabían quiénes éramos: «Somos la derecha religiosa. ¿Lo entienden?» El representante gubernamental nos dijo que todas las opiniones eran bienvenidas en Holanda.

El comité organizador nos dejó claro desde el primer momento la diferente atmósfera en la que vivían respecto de la que estamos acostumbrados los conservadores norteamericanos. Ellos son una minoría en una cultura dominada por izquierdistas radicales. Así pues, pretendían llegar a aquellos de buena voluntad del otro campo, aquellos que apoyan la familia, y les invitaron a participar e incluso a hablar en el Congreso para así realizar el tan cacareado diálogo.

Tan nerviosos estaban los organizadores holandeses que nos pidieron a varios ponentes que rebajásemos el tono de nuestras intervenciones. Estaban especialmente preocupados sobre el lenguaje duro referido a los homosexuales, un lobby muy fuerte en Holanda. A mí me pidieron que retocara mi discurso sobre Naciones Unidas. En él animaba a los oyentes a «derrotar a nuestros oponentes en las cortes, en los parlamentos, en la academia». El comité local me dijo que hablar de «derrotar» a nuestros oponentes sonaría ofensivo a los oídos holandeses.

Le mostré mi asombro a Jan Peeters, un inteligente periodista holandés, quien me explicó que los holandeses son educados en la creencia de que el diálogo está por encima de todo. Me explicó que en Holanda no hay huelgas porque los sindicatos y los empresarios se sientan y discuten ad infinitum, y el hablar de «derrotar» a los oponentes ofendería a muchos holandeses.

Pues bien, a pesar de todos estos esfuerzos, los izquierdistas ra-

dicales de Holanda boicotearon el Congreso, llegando a destruir las oficinas del Congreso. Los periódicos holandeses estuvieron llenos de críticas al Congreso, acusándole de traer la homofobia y la intolerancia a Holanda. Tan intensas fueron las críticas que un importante miembro del comité organizador abandonó pocos días antes del inicio del mismo.

Quizás todo esto no le parezca lo que usted entiende por diálogo. El comité organizador trabajó duro para entrar en discusión con sus oponentes, y más que diálogo, lo que recibieron por parte de estos fueron agresiones. Un diputado conservador holandés subrayó la farsa del diálogo con estos izquierdistas. Explicó que siempre que los asuntos referidos a los homosexuales son debatidos en el Parlamento sólo se permite a los grupos homosexuales intervenir y dar su testimonio.

Al final suavicé mi discurso. En vez de «derrotar a nuestros oponentes en las cortes, etc.» dije que «nos veríamos las caras». Siguió siendo un discurso fuerte y la gente asistente lo entendió perfectamente. Existe una cosa llamada diálogo, pero también existe otra cosa llamada alzar la bandera y señalar a tus amigos cuál es el lugar de la batalla. Nadie se congrega en torno al diálogo, pero sí en torno a una bandera alzada.

El Congreso fue, a fin de cuentas, un éxito. Nuestros huéspedes holandeses me dijeron que habíamos desplazado la discusión pública un par de pasitos en la buena dirección. Me dicen también que los jóvenes miembros del comité organizador han aprendido muchas y valiosas lecciones sobre los límites del diálogo y un periodista conservador holandés dijo: «Creo que le hemos dado un buen puñetazo al demonio». No muy propio del diálogo, pero que Dios le bendiga por ello.

El apostolado de los seglares y el bien común

El 23 de diciembre de 1922, el papa Pío XI firmaba la encíclica Ubi arcano Dei consilio, en la que el pontífice esbozaba el concepto y el programa de la Acción Católica, que en otros documentos posteriores explanaría. Se trataba de adaptar el apostolado seglar, algo que nació con la Iglesia y que es de todos los tiempos, a las circunstancias y necesidades de un mundo todavía convulsionado por la reciente primera guerra mundial, y minado por el laicismo.

Pío XI hacía el análisis de la sociedad de aquel momento y denunciaba sus males: ausencia de paz –de paz social, internacional, política, doméstica, religiosa–, olvido de la caridad, ansia inmoderada de bienes materiales, concupiscencia, olvido de Dios. El remedio era –y es– aquel que se expresa con el lema «la paz de Cristo en el Reino de Cristo».

Los males de entonces son parecidos a los de hoy; si acaso, estos últimos agravados porque muchos de los espectaculares avances materiales –técnicos y científicos– de la sociedad se han hecho al margen o contra la ley de Dios. También hoy los seglares estamos llamados a ser apóstoles, como nos recuerda Benedicto XVI en su reciente encíclica Caritas in veritate, apóstoles por la ora-

ción y por la justicia: «El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común... El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, caritas in veritate, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don. Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz».

Hace sesenta años se celebraba en Barcelona un congreso diocesano de Acción Católica. CRISTIANDAD dedicó al evento el número doble de 15 de julio y 1 de agosto (128 y 129). La lectura del artículo de Santiago Udina Martorell, en el que glosa la misión de los seglares en el mundo, puede ser un estímulo para la tarea a que nos invita Benedicto XVI.

«¿Acaso no es fin y motivo del apostolado de los seglares la instauración del Reinado social de Jesucristo?»

Nuestro Congreso, que ha podido superar la temática organizativa con que se han venido desarrollando anteriores reuniones y asambleas de Acción Católica, ha entrado de lleno en el estudio de los problemas vivos y palpitantes de la hora presente, con relación a los cuales se hallan abiertos amplios, fecundos horizontes, a la colaboración y acción de los seglares bajo la guía y magisterio de los pastores de la Iglesia.

Rehuyendo la mera y simple afirmación de principios, aceptados previamente como tesis, entre otros muchos, los aspectos más sobresalientes del derecho público cristiano han ofrecido ocasión a los congresistas para abordar la consideración de

los más inmediatos objetivos de la Acción Católica barcelonesa en relación con ellos. En modo alguno se ha olvidado el carácter esencialmente apolítico de la Acción Católica, soberanamente definido y perfilado por la palabra pontificia y acreditado tras largos años de actuación en los distintos países. Mientras la política no toca al altar, no debe la Acción Católica inmiscuirse en ella. Pero de esto a predicar la total evasión del apostolado seglar con relación a los problemas de la sociedad temporal, en una división fatal y absurda entre la vocación eterna y la vocación histórica del hombre, que sirve a la primera a través de la segunda, hay un abismo en el cual caerían fatalmente todas las posibilidades de eficacia de la Acción Católica, que la propia palabra pontificia ha definido también, una y otra vez, apostolado de carácter social. ¿Acaso no es fin y motivo principal del apostolado de los

seglares la instauración del Reinado *social* de Jesucristo?

El reconocimiento del primado de la caridad para la Iglesia; de sus derechos docentes, no sólo en la tarea puramente catequística o de difusión y esclarecimiento de las verdades teológicas, sino en la de toda verdad y toda ciencia; de su misión en la formación de las juventudes y finalmente de su rectoría en los problemas sociales, de enfoque y solución imposibles si se prescinde de sus fundamentos morales, de los cuales es la Iglesia única Maestra, y de sus fundamentos jurídicos naturales, cuya procura le corresponde, son, entre otras, aquellas tesis que el Congreso ha aceptado, sin necesidad siquiera de larga exposición, en la formulación misma de su oportuno cuestionario.

Preocupación fundamental en todas las secciones ha sido la promoción y difusión del bien, en todos los distintos ambientes de la vida social barcelonesa; desde los núcleos intelectuales hasta los obreros, sin olvidar a técnicos y empresarios, a la llamada clase media, al oficinista, al deportista y al miembro de cualquier actividad, profesión o clima social.

Promoción y difusión del bien, del más alto bien, que es la fe y su actuación práctica en el seno y comunión de la Santa Iglesia, teniendo presentes, ante los ojos y pensamiento, ponentes y congresistas deliberantes, las circunstancias de nuestro tiempo y los graves problemas que afectan a la conciencia cristiana en el estadio presente de nuestra cultura —espectáculo y deportes, prensa y lecturas, profesión y trabajo y moralidad, por delante de todo ello—; pero, al propio tiempo, con subordinación, es cierto, a todo esto que representa la respuesta del hombre a su vocación eterna, promoción y difusión del bien en el orden temporal, sin invadir campos ajenos, sin pretender siquiera marcar pautas o caminos de acción política o reclamar actuaciones estatales; pero actuando con toda decisión.

Porque si es cierto que al Estado corresponde la gerencia y tutela del bien común, también lo es que a toda persona corresponde, con grave responsabilidad moral, su contribución positiva al mismo. De lo cual no sólo el católico no está excluido, sino más fuertemente obligado todavía, por la virtud de la caridad fraterna, signo distintivo del cristiano y sacrificio de amor a Dios, antepuesto en la divina estimación al propio culto.

Fue el papa Pío XI, de santa y feliz memoria, el que, no sin celestial inspiración, instituyó la Acción Católica en la forma con que la conocemos hoy; y desde el principio le señaló ese carácter de apostolado social a que antes hemos aludido, no en el aspecto frecuentemente equívoco, que confunde, en nuestro lenguaje de hoy, lo social con lo laboral, sino en el más amplio y general sentido de la locución:

apostolado no puramente individual, sino que tiende a la conquista de los núcleos y ambientes sociales y de la propia entera sociedad humana.

Y si, con frase del mismo Pontífice, la Acción Católica es, sin mengua de sus notas características básicas —apostolado seglar, organizado, de colaboración con la Jerarquía— un «estatuto de vida», ese carácter social que la distingue de otras meritísimas formas de apostolado, viene a significar, indudablemente, la autorizada proclamación del valor eminente de vida sobrenatural y divina en las almas que tiene ese eminente valor humano del servicio al bien común en las filas de la Acción Católica, con predominante y fundamental carácter de acción sobrenatural, pero con atención constante a los problemas temporales. Que sobrenatural era la misión del Señor y Maestro Jesucristo y no obstante jamás dejó de ceder a la presión de las circunstancias, sanando enfermos, resucitando muertos, incluso dando alimento a las masas hambrientas del pan de la verdad, pero hambrientas también del pan cotidiano.

Vana labor la nuestra si tuviese la pretensión de colaborar en la santificación del individuo —que es una parte anónima o peor todavía, un número, en la masa gregaria de los pueblos—, sin acordarnos del hombre, de la persona ínsita en la vida a través de un complejo económico, social y político. ¡Si nuestro apostolado es social precisamente porque intenta llegar a la persona a través de ese cinturón, que tantas veces le aprisiona, de su circunstancia y de su ambiente, que le ha creado la propia contextura de su natural constitución en juego con la cambiante modalidad de los tiempos!

No sólo por ley de naturaleza acompaña al hombre como elemento constitutivo, la sociabilidad; también por la ley de la Encarnación que es la de la gracia: y que hace de los hombres no puras individualidades, sino carne y hueso del Cuerpo Místico de Jesucristo.

Los problemas de la vida social, la gravitación permanente del bien común, que debe realizarse en la comunidad de vida y dentro del cual, únicamente caben la felicidad del hombre y su grandeza moral, en los términos relativos de la temporalidad, de tal manera determinan y condicionan el pensamiento, el afán y la circunstancia del hombre, que resulta contrario a su naturaleza y contextura la conquista de los ambientes y núcleos sociales —en definitiva humanos— para la vida cristiana si exigimos a la sociedad la evasión imposible desde esa su radical exigencia a una pura sobrenaturalidad. Porque en determinados momentos podremos ver casos de esa evasión, con sublime heroísmo, referidos a personas que, en las más difíciles circunstancias de su vida temporal alcanzan la alta tensión espiritual de la

santidad; pero siempre será excepción. Que ya santo Tomás reclamaba una base social, un mínimo de bienestar, una honesta suficiencia de bienes, para la práctica de la virtud.

Pero no pueden olvidarse al tratar estos temas –y el Congreso los ha tenido muy presentes– dos hechos fundamentales de nuestra hora: el amplio movimiento comunitario y socializante que se ha producido a lo largo de nuestro siglo, con claras raíces en el anterior y como reacción profunda al amorfo individualismo que resultó de la Revolución Francesa y de los órdenes jurídico y social de ella derivados, de una parte; y de otra, la presencia de las masas en la vida pública, su llegada a la existencia histórica, que constituye el gran acontecimiento de nuestro mundo moderno.

La amplitud y generalización de la tendencia comunitaria –aspiración a formas políticas, económicas, culturales y profesionales con enorme predominio de lo social sobre lo individual y privado–, que partiendo en gran parte del materialismo dialéctico, de signo negativo, implica, no obstante, principios de signo positivo, de indudable filiación jusnaturalista y cristiana, exige precisamente, como condición básica para salvar la libertad y dignidad humanas, el retorno y afincamiento del pensamiento rector de las sociedades en los principios del bien común y la presencia de las masas en la vida histórica, con este trágico fenómeno de una creciente proletarización, que sume a las gentes en un gregarismo descivilizador e impersonal, exige un esfuer-

zo denodado y urgente para suscitar en ellas un espíritu orgánico, de comunidad viva, de pueblo –como pide Pío XII– que pueda sentir, por encima de las pasiones desbordadas, la conciencia de su responsabilidad, de su propia dignidad personal y humana y de su propio derecho a ser parte activa en la contribución del régimen y procura del bien común, en todos los órdenes desde los cuales puede éste promoverse.

A la vista de estas circunstancias, que son las de nuestra hora y el campo de nuestra lucha por la nueva Cristiandad que el Papa demanda, nadie puede dudar del papel que al apostolado de los seglares corresponde en orden al bien común, promoviendo el retorno de la masa al pueblo, por medio de obras de elevación espiritual y formación, de asistencia social, de expansión cultural y física, de propia responsabilización directora, haciendo llegar el alto y valioso concurso de la espiritualidad y sentido católico al trabajo moral de la sociedad y al desarrollo en ella de la libertad y caridad cristianas.

Desde su propio campo, sin invadir ajenas competencias, sin alterar el concepto y el fin propios de la Acción Católica puede y debe ésta tener y sentir, viva y acuciante, la preocupación del bien común en la ciudad temporal; no sólo por la ley natural de la sociabilidad, sino más todavía por la proyección social del misterio del Cuerpo Místico, cuya más sublime exigencia, que traspasa los límites del tiempo para trascender a la eternidad, es la virtud de la caridad.

El desarrollo de los pueblos es considerado con frecuencia como un problema de ingeniería financiera, de apertura de mercados, de bajadas de impuestos, de inversiones productivas, de reformas institucionales, en definitiva como una cuestión exclusivamente técnica.

Sin duda, todos estos ámbitos tienen un papel muy importante, pero deberíamos preguntarnos por qué las decisiones de tipo técnico han funcionado hasta ahora sólo en parte. La causa es mucho más profunda. El desarrollo nunca estará plenamente garantizado por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral.

BENEDICTO XVI: *Caritas in veritate*



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



La pureza de corazón

Autor: Élisabeth de Jesús

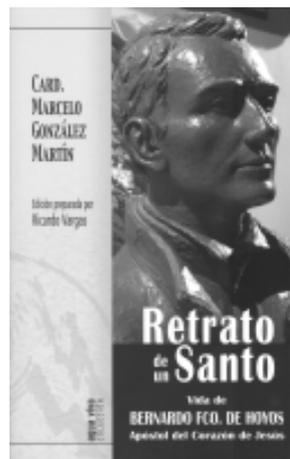
Editorial: Rialp

96 páginas

Precio: 6,00 €

La idea de «pureza personal» no es sinónimo de renuncia a la vida o de frustración, aunque para algunos la palabra pureza, se trate de la del cuerpo o de la del corazón, tenga una connotación peyorativa. La pureza del corazón es la clave de la unidad interior, del dominio de sí mismo y de la libertad... La autora nos guía con sencillez y claridad y nos da una comprensión dinámica

ca y renovada de esta virtud.



Retrato de un santo

Autor: Marcelo González Martín

Editorial: Monte Carmelo

180 páginas

Precio: 11,50 €

El padre Hoyos, apóstol del Corazón de Jesús, es en España en cierta manera lo que representa santa Margarita M^a. de Alacoque para la Iglesia universal. Un hombre lleno todo él de pasión por el Corazón de Jesús y con el deseo de que el Señor reine. Él escuchó la gran promesa que consoló su corazón de que «reinaré en España y con más veneración que en otras partes del mundo». Vivió toda su vida, hasta que muere con 24 años, conquistando apóstoles para su Corazón.



Lo que el mundo le debe a España

Autor: Luis Suárez

Editorial: Ariel

295 páginas

Precio: 19,50 €

El autor destaca, una a una y en conjunto, las aportaciones hispanas, desde los inicios mismos del cristianismo, hasta la preconización de una forma alternativa a la Ilustración, aquella que no renunciaba en modo alguno a la herencia del pasado, el libre albedrío y la trascendencia y que se ve reflejada en los avances científicos en España y América en el XVIII. España ha sido portadora

de unos valores profundos y un quehacer único que contribuyen a la grandeza de Europa y del mundo occidental.



Madre María Josefa del Corazón de Jesús

Autor: Carmelitas descalzas, Cerro de los Ángeles

Editorial: Carmelitas del Cerro de los Ángeles

195 páginas

Precio: 15,00 €

La vida de una hija de santa Teresa de Jesús, con el matiz peculiar que le da el ser hija predilecta de otra alma privilegiada: santa Maravillas de Jesús. Esta breve biografía reproduce casi literalmente la carta edificación que, según la costumbre del Carmelo, fue enviada a los conventos de carmelitas cuando falleció la madre María Josefa, con algunos textos suyos encontrados después de su muerte.

CONTRAPORTADA

La efigie del Niño Jesús nos hace percibir la cercanía de Dios y de su amor

La imagen del Niño Jesús lleva a pensar rápidamente en el misterio de la Encarnación, el Dios Omnipotente que se ha hecho hombre y ha vivido durante treinta años en la humilde familia de Nazaret, confiado por la Providencia al atento cuidado de María y de José. El pensamiento se dirige a vuestras familias y a todas las familias del mundo, con sus alegrías y dificultades. A la reflexión unimos la oración, pidiendo al Niño Jesús el don de la unidad y de la concordia para todas las familias. Pensamos especialmente en aquellos jóvenes que deben esforzarse tanto para dar a sus hijos seguridad y un porvenir digno. Rezamos por las familias en dificultad, probadas por la enfermedad y el dolor, por las que están en crisis, desunidas o laceradas por la discordia y la infidelidad. Todas las confiamos al santo Niño de Praga, sabiendo lo importante que es su estabilidad y concordia para el verdadero progreso de la sociedad y para el futuro de la humanidad.

La efigie del Niño Jesús, con la ternura de su infancia, nos hace también percibir la cercanía de Dios y de su amor. Comprendemos cuán preciosos somos a sus ojos porque, gracias a Él, nos convertimos en hijos de Dios. Todo ser humano es hijo de Dios y por tanto nuestro hermano y, como tal, debe ser acogido y respetado. ¡Que nuestra sociedad pueda comprender esta realidad! Cada persona humana sería entonces valorada no por lo que tiene, sino por lo que es, porque en el rostro de cada ser humano, sin distinción de raza y cultura, brilla la imagen de Dios.

Esto vale sobre todo para los niños. En el santo Niño de Praga contemplamos la belleza de la infancia y la predilección que Jesucristo ha manifestado siempre hacia los pequeños, como leemos en el Evangelio (cf. Mc 10, 13-16). ¡Cuántos niños en cambio no son amados, acogidos ni respetados! ¡Cuántos son víctimas de la violencia y de explotación por parte de personas sin escrúpulos! Que pueda asegurarse a los menores el respeto y la atención debida a ellos: los niños son el futuro y la esperanza de la humanidad.

Quería ahora dirigiros unas palabras particulares a vosotros, queridos niños, y a vuestras familias. Habéis venido muchos a encontraros conmigo y os lo agradezco de corazón. Vosotros, que sois los predilectos del corazón del Niño Jesús, sabed corresponder a su amor y, siguiendo su ejemplo, sed obedientes, amables y caritativos. Aprended a ser, como Él, el consuelo de vuestros padres. Sed verdaderos amigos de Jesús y acudid a Él con confianza siempre. Rezadle por vosotros mismos, por vuestros padres, familiares, profesores y amigos y rezadle también por mí. Gracias de nuevo por vuestra acogida y os bendigo de corazón mientras invoco para todos la protección del santo Niño Jesús, de su Madre Inmaculada y de san José.

Palabras de Benedicto XVI en su visita a la iglesia de Santa María de la Victoria, donde se venera la imagen del Niño Jesús de Praga (Praga, 26 de septiembre de 2009)